

# **EL CONFESIONARIO**

*Américo Reyes Vera*

R. P. I. N° 239.397  
ISBN 978-956-01-0210-2

*He aprendido letras para mi uso privado.*

Trimalción, en *El Satiricón* de Petronio

## **A modo de proemio, quizás como advertencia, el autor le da el «vamos» a esta sarta de confesiones**

Celoso de los que madrugan para llegar de perillas donde el azar los lleve, he renegado muchas veces de la generación a la que por derecho votivo debiera yo pertenecer: aquella que se ufana de haber nacido en el atolondrado siglo xx, para terminar sobreviviendo en el no menos atolondrado siglo xxi, así sea a trastabillones, en esta América cruzada por revoluciones y contrarrevoluciones, entrampada entre las cuencas del poder y las marañas de la desilusión, la rebeldía *cliché* y la rebelión libertaria, la convulsa esperanza y sus arrojos, y el miedo en seco; es decir, entre el éxtasis y la derrota, *lex dixit*. He optado, no sin titubeos, como ciudadano que paga sus tributos y los rinde, por presentar a mis lectores, *si uno hubiere*, este tan púdico como lúdico «fortín de Babel» en el que he permitido dejar que fluyan de rebato, con dolorosa impunidad, artificioosamente ajenas a la monserga etaria y/o estamental-religiosa, estas voces que refunden todo –o casi todo– lo sublime que pudiera caber en las deshonradas, dizque presuntuosas, herejías literarias, puestas a buen resguardo en este *Confesionario*, y asignándole, contra la voluntad del docto, categoría de «género». Voces disímiles que no son otra cosa que la manifestación –acaso estrafalaria, patética de tanto en tanto, en carne viva, siempre– de los seres que la imaginación, acuñada por el rigor del ocio y del instinto, echa al mundo; comediantillos de mi santiscario en busca de su lector-confesor, fieles a los caprichos del apuro, que no a los del fastidio, y que me transportan, embrujándome, a los lugares que nunca he abandonado; héroes que la soledad preserva, y el delirio. Viajeros de papel, presos en los marasmos de la tinta, han tenido también su Rusticiano.

**...Y fue bajo circunstancias con tufillo a surrealismo de trasnoche – adolescente y pendenciero– y portadoras, por ende, de los valores que a la inutilidad y al entusiasmo les son tan propios, en las que don Carlos Neftalí Godoy Fernández elaboró, en su casa de Black Waters City, un muy particular catálogo, presentado en público como:**

### Decálogo del poeta

Escribe poesía como si no tuvieses nombre, tal  
si las palabras fuesen un sueño  
o un derroche, como si hubieses sido tú  
el primer partisano que gritara,  
al lanzarla: *¡Viva la flecha fértil!*

Escribe poesía de lo que nunca verás  
ni podrás definir ni llevar a cabo  
en contra de la luz o a favor de ella, como  
si fueses el ciego que ostentó su blasón  
en la ciudad marcada por el fin de la leyenda  
y el principio del miedo.

Para el sordo verdadero  
que aprendió a escuchar de abajo hacia arriba  
escribe poesía  
como si no fueras tú el Oidor flagrante, aquél  
al que hicieron sosegarse a palos.

Escribe poesía cuando te hablen y hablen  
y el silencio, no obstante, persista,  
pero también cuando no haya ningún silencio que encubrir  
porque las palabras se habrán salido de madre.

Y porque el roce de las manos engaña y envilece  
envejeciendo indistinta, prematuramente  
al tocador y su tocado  
escribe poesía como si no tuvieras manos.

Escribe poesía como si no tuvieras lengua, maldice  
cantando los planes del mentiroso y del cobarde, y de rondón  
pregúntate quién eres, de qué instrumento  
no menos maldecible que tu lengua te has valido  
para maldecir cantando los planes del mentiroso y del cobarde,  
y di que las palabras no nacen de la lengua  
sino de un sopor voraz a la par que justiciero.

Y cuando el deseo satisfecho reinicie, cual Fénix,  
su incesante maquinaria de insatisfacción,  
escribe poesía como si no tuvieras cuerpo  
o tu cuerpo fuera el cuerpo del delito o  
el reproche donde el amor retoza y perece.

Y cuando el universo cambie de lugar  
escribe como bailas, cánsate sonriendo y avergüénzate  
de ser aceptado en un mundo que detestas;  
y que el iluso saque sus conclusiones.

Escribe poesía como si no conocieras  
el olor de la mandrágora ni la saturación de la muerte  
y enséñale a tu lector, convéncelo, oblígalo a consentir  
que los mil y un sentidos de los que has sido dotado  
no te han servido en ningún tiempo  
para nada.

Y dondequiera que te halles  
escribe poesía como única defensa. No sea  
que se desate una guerra  
y descubran que eres el enemigo.

**Desde un paradero de buses de Licantén, María Amanda Burgos se refiere a su encuentro con un vagabarríos**

Cuando lo encontré en la plazoleta  
fumándose un pitillo  
bajo las campanillas del maitén  
y vi sus hombros  
me dieron ganas de ser sincera, alegre.

Le dije en su cara: *Tú*  
*me guiarás, serás mi estrella.*

Tuve ganas de ser  
—en más de un rumbo—  
confiable,  
y abrazándolo en todo su esplendor  
le confesé: *Eres*  
*la dosis de descaró*  
*que necesitaba.*

Y cuando en susurros pronunció mi nombre  
la impaciencia me asestó un duro golpe  
entre las piernas, allí  
donde se rumorea  
que empieza y acaba  
el frenesí.

## La bestia, en su muro de Facebook, se exorciza a sí misma

Como un personaje irresoluto de Borges.

Como un personaje arrabalero de Borges. El feriante de Túnez o Argelia, por ejemplo, que en abril o mayo de 1015 cerrara su más macabro negocio, y que el proporcionado Borges ubicaría, a su pesar, en abril o mayo –pero de 1016– en los límites *blanquicelestes* de Argelia y Túnez.

Como el personaje de Borges fruto de la disconformidad y la galbana, enemigo ideal de todo sudamericano que se precie: Domingo Dormilón, que de tanto dormir ya no atinaba con qué soñar.

Como el *partner* imaginario de Borges: un huaso inconcuso –un guaso de ley–, un compadrito cachazudo y atento, y que hubiese figurado en el cuento *ad honorem* de Borges: el referido al «mortal de alcurnia» y su encuentro con un «inmortal común y corriente», y las vicisitudes lógicas pero impróvidas del caso; cuento de tres títulos tentativos, a saber:

- 1: *Los piojos del rey*, omitido por contener, a contramano, ofensas demasiado argentinas al presente insondable (hablamos de 1946).
- 2: *El guarén del níspero*, omitido por obra y gracia del estupor, cosa *non sancta*, según el propio Borges.
- 3: *Mariposas en la luna*, omitido por no encarnar a cabalidad el espíritu de la trama en cuestión.

Como un personaje incomprensible, no logrado de Borges, detestado por Borges –incluido, sin embargo, en la obra de Borges–: el gentleman que minimizaba al máximo las prosopopeyas ajenas, y al que su antagonista incriminaba con aires de desadaptación preguntándole derechamente si no era un ciudadano de izquierda.

Como un personaje moribundo de Borges, al que Borges tuvo que, irrenunciablemente, colmarlo de *nova vita*.

Como un personaje que Borges eludió y se le coló sin ningún tipo de miramientos porque era un Acabador, un César.

Y para que ustedes me entiendan, amig@s: así era mi amor, así era mi compañero, habida cuenta que hoy sólo puedo llamarlo CAUM.

**A fin de aplacar en parte la voz de su conciencia durante las noches de frío (cuando los remordimientos afloran con más fuerza), Pepe Lira pone el volumen de su aparato de música al máximo, y los destellos de humildad que se permite no son sino la expresión más sutil, y a la vez más enfermiza, de su soberbia incurable y se refiere, de soslayo, a sus antepasados**

No tengo madre. Caí al suelo producto de la sacudida de una idea vaga. No tengo padre. Ni siquiera hijo del viento –padre de los desposeídos y los infructuosos–. Padre larvario, madre orillera.

*Primero jugué con el signo de los tiempos, pero escondía los estigmas junto con pregonar loor a los que sangran, y sostenía así, sin más, que los recuerdos desfiguraron la frente. Dónde estará el agua de esta sed, me preguntaba de continuo. Sin duda, el menos condescendiente de los bárbaros hubiese glorificado mi piel de entonces.*

La piel del prisionero que cumple a gusto su condena.  
La piel del prisionero cuando recuerda su primer estremecimiento.  
La piel del que espera.

*De los berridos de Rocamadour –que a estas alturas habrá de ser un esperador consumado, sudando en los atardeceres de alabastro y musgo traslúcido– extraigo esta fundida lealtad, esta sinceridad de consejero desleal, esta teoría de lo irreconciliable, aunque por lo mismo en absoluto falta de concreción, como morir.*

Necio y oscuro guía, yo también sufro... Incluso más que mis torturados, aunque mi mente ya no se acalora con los temas candentes. Depositado en sacos que el pordiosero escardador procrastinó, huyendo de quien no me ha seguido nunca –las rodillas opacas, el alma en desorden, como cuando se acaban las lágrimas pero se conserva el llanto– vierto mi espuma sobre mí mismo, en el límite que define el vacío y lo consuma: el sitio exacto al que debo llegar cansado y sucio...

*Cansado del cuerpo que me tocó en gracia, me senté en el primer banquillo que encontrara —que resultó ser el banquillo de los acusados— y se me vino encima el gayo juicio, para que mi corazón entendiera que tan granadas eran mis culpas, como pesadas y viejas.*

Y cuando fructifiquen —si es que fructifican—  
¿qué haré con la redención y el éxtasis?

*De oro resultó ser mi languidez, porque todo lo he perdonado por no comprenderlo la vez en que descubrí mi pecho, ambicionando de corazón que los demás fueran ciegos pero criteriosos, y levanté la voz como el enfermo canta, y mi paz fueron unos cuantos VDRL, y al mirar mi cama, pensé: «En esa cama la bajeza tocó techo».*

...Encontrarme a boca de jarro  
con la gente que abraza  
me llenó siempre de pavor,  
porque me ha sido revelado  
que es esa gente la que comete  
las locuras más inimaginables,  
la que despilfarra su dinero  
y su estertor sagrado,  
la busca-cuerpos, la jactada,  
la que en períodos de ausencia arroja  
sus improperios  
no sólo contra sí misma,  
o contra quien constituye el objeto de sus abrazos,  
sino contra quien se le cruce en el camino.

*Deben mis hermanos lucir sus harapos y yo acariciar la playa, el dique de buena voluntad, las mallas falsas —mi cabeza en una roldana— y volver a ser un niño negro que juega con tiburones —uno más entre las gotas del oleaje— y entregarme a la voracidad de mi lengua y a los laberintos escatológicos del aire, y como un dios que no ha creado nunca nada, sobrevivir al trajín de las gaviotas y al desdén.*

Mi vacío soy yo mismo, oh cerrojos,  
y mis cerrojos nada tienen que ver con la vigilia,  
oh vacío. Y sin embargo  
me enteré de quién ganó una guerra  
escudriñándose el ombligo,

y supe que había un país al que di consuelo  
—sin yo saberlo—  
y que hubo hombres y mujeres que bailaron  
al son de mi tonada...  
¡Ay de aquéllos!

*Aquéllos que quisieron un cambio como los que no lo quisieron fueron reconfortados. Unos y otros denigraron la estructura social, su tejemaneje, la urdimbre comunitaria; unos y otros desafiados por unos y otros en un potrero-pámpano donde campeó, a buen recaudo, la vida útil de una emoción.*

Invadido por un rencor puro y sensato,  
me ocultaré de quien  
buscaba por cielo, mar y tierra  
a sus ofensores  
para anunciarles que los muertos no existen,  
y abriré los brazos al amigo salvaje. Dispondré  
de una sola forma de no creer en nada y quizás  
—sólo quizás—  
termine por admirar al paisano cuya impudicia consideré  
mi jurisdicción,  
como tendido me rendí sobre el jaramago de  
Black Waters City  
que pisé una y mil veces...

*Estas tácticas de transeúnte denuncian que envidié al condenado y al sátrapa.*

...y fui feliz cuando era demasiado tarde.

*Pero ojo: sentado en el Banquillo Real responderé por cada una de mis mariconadas como el hombre que soy.*

## Viviana Navarro sostiene que las relaciones de pareja son un chiste

...Me rogó que le cobrara la palabra  
y el silencio, que me metiera muy adentro  
de sus vericuetos, a un lugar donde,  
según sus confidencias,  
aún guardaba restos de juventud –...lugar  
al cual sólo se llega desconociendo  
las señales de ruta, susurraba– y añadía  
que la piel resulta ser –para regocijo de sus visitantes–  
un campo de batalla al rojo vivo  
y puede caber entera en una boca,  
ordenándome, acto continuo,  
que recibiera y aceptara el castigo  
no habiendo cometido el crimen..., pero que me  
mantuviera serena al cometerlo  
como serena debía permanecer  
cuando me fuera notificada la sentencia  
que no era sino cobrarle la palabra y el silencio,  
meterme muy adentro de sus vericuetos, etc.

Apremiaba el ¡Hurra...! y él insistía, parado  
en lo que supuse su más grávida desnudez,  
con la desfachatez del que presume –cómo no–  
que vivirá muchos años. *Ab del placer  
que es vicio compartido...*, parecía decir  
desde la zona de su cuerpo en la que la ansiedad  
se le escurría  
con ímpetu viscoso, indiscutible–  
mente recia. *Y porque perdoné a tus detractores  
te he perdonado también a ti...*, parecía agregar.

En ese instante extrañé una soledad  
hecha de dedos y gemidos al viento.

Comprendí que estaba enferma de ser y no de estar;  
¡que incluso los desalmados y los simples saben quién es quién  
en los avatares del encomio!  
Vacilé entre sanar o cansarme, antes

que el desapego a la vida se me transformara  
en la razón de vivir.

Quise llorar  
y no encontré mi pena.

**A las orillas del Mataquito, el estudiante en vacaciones, Edgar Julián Aquiles Uribe, le cuenta a un vagabundo de oficio –conocido por los lugareños como Jaime Rodrigo– las aventuras y desventuras acontecidas en un sueño**

En el sueño, Jaime Rodrigo, vi vagar una hora huérfana en busca de su reloj, y un silencio que el céfiro abisal llevaba a cualquier lado.

A ras de un herbazal recordé la tonadilla que hablaba de un caballo a contraluz en el estero, si bien noté en el acto que la reverberación de tal recuerdo resultaba –de acuerdo al parámetro cultural en el que fui instruido– inexacta, incompatible con el engranaje evocativo de los sueños. Decidí, por tanto, acercarme en buena onda a un tipo que siempre había vivido en un sueño, a objeto de inquirir pormenores respecto a lo ocurrido, pero esquivó mi compañía, arguyendo preferir la soledad, y yo pensé: *Pobre, supiera cómo es allá afuera la soledad real.*

Estirando los pies hasta alcanzar las ventanillas de un bufete, ya en el corazón de la metrópoli –literalmente soñada– vi cómo un abogado le mentía a su cliente, y yo me pregunté: *¿para qué mentir en un sueño?*

Por un altoparlante, un candidato al Parlamento ofrecía mejoras salariales y educación gratuita y de excelencia, que ahora *SÍ SE PUEDE*, que *EL PUEBLO MANDA...* y yo me pregunté: *¿no les basta con la verdad a secas?*

Recorriendo callejas y callejas, creí ser asediado por un mormón, o sabatista –o un vulgar «canuto»–, hostigándome con extrañas interjecciones del tipo: *Y cuando pase el tiempo ¡yo estaré allí para atraparlo...!* Ante lo cual le advertí: *No jodas, paisano. Aquí el soñador soy yo.*

En un jardín de mampostería encontré las esperanzas perdidas del albañil del Club de la Razón Florida y la paciencia de quien murió esperando y encontré, además, un curioso sonetín, de cuadratura imponderable, titulado *Mi Capricornio*, fechado el 27 de diciembre de 2014, pero carente de firma de autor –o autora– que rezaba así:

*Cuando los bares visito  
en aras de una sed cierta  
y el mozo aguarda en la puerta  
pensando en ti voy, Bonito.*

*En pos del vino bendito  
encubro la herida abierta  
que tu besar en mi yerta*

*boca forjó, cual delito.*

*Mas tu recuerdo me dopa  
y armado de sus cadenas  
sobre mi frente galopa.*

*A pulso paso las penas  
bebiendo copa tras copa...,  
apenas, Bonito, apenas.*

También encontré, sobre una banquilla en desuso, las zapatillas que perdiera en un sueño que tuve de niño, no más que ahora me quedaban chicas, y las dejé tiradas por si las encontraba un niño menesteroso en su sueño de niño menesteroso de estos tiempos, que abundan.

Le compré al suplementero la revista farandulera de moda –de moda en ese sueño, claro está– denominada, oh paradoja, *Life in reality*, y que a todo trapo noticiaba el hecho de que, abrumada por contrariedades económicas, la vedette «fulanita de tal» se suicidaba con una sobredosis de insulina, y yo me pregunté: *¿por qué no esperar a despertar y analizar la situación con la debida calma?*

Testigo estante fui, por lo demás, de una pelea a voz en grito en una Junta de Vecinos por no sé qué proyecto no concretado, y yo me pregunté: *¿para qué hacerse mala sangre en un sueño?*

Y como se agotaran los tickets para un concierto de Pink Floyd, una multitud enardecida se agolpaba a las afueras del Estadio, y yo me pregunté, intrigado: *¿y cuánta gente, madre mía, cabe en un sueño?*

Sea por necesidad –o por falta de necesidad–, en el sueño quise ser un granuja de tomo y lomo, en razón de que al despertar no me la pasara dando explicaciones por mis airecillos de Don Nadie, por la levedad no tolerable de mis huellas que, es cierto, no conducían a ninguna parte –y hasta por el grosor de mis neuronas–, cuando de golpe me encontré con una muchacha de la que en mi adolescencia estuviera locamente enamorado... Amor que, por mandatos del cielo o simple mala suerte, nunca fue correspondido. Y en el sueño, Jaime Rodrigo, volví a enamorarme y volví a ser, por mandatos del cielo o simple mala suerte, ¡no correspondido! Como fatal resarcimiento, en el sueño yo tenía una novia que vivía demasiado lejos y a la que cada uno de mis parientes daba por muerta.

Para colmo, en el sueño me llevaban preso por haber gritado en medio de una festividad religiosa: *¡me carga vivir, pero también morir...!* Y la libertad no la recuperaría ni siquiera despierto, elevando las posibilidades de la absorción total del material onírico al borde de la entonces inaccesible realidad, a la que, abriendo por un segundo los ojos, vislumbré intacta para corroborar –entre

afligido y resignado— que las estrellas no brillaban sino para sí mismas y que el río seguía su curso, contra viento y marea, en busca de su Arcadia...

\*\*\*

**Anexo:** Desperté y en el sueño dejé todo sin solución... ¿Y qué chucha es la frustración, man, sino un constante autohincharse las pelotas, incluso en los sueños, donde de igual modo las nostalgias mal habidas conducen al tedio, *in extenso*, y no pocas veces a la deshonra, y aun a la ruina, cuando no a la monomanía y al crimen...?

## «La plegaria del crápula» llama Sebastián Montecinos a su confesión

Acorralado al presente por los signos, sin perdón siquiera de mi propio corazón y con la nobleza en vilo —que no es sino la consecuencia de mis pasadas fechorías, su conclusivo estadio— a Ti dirijo mi súplica, oh Cristo de los impuros —el Cristo de los puros no tuvo tiempo para mí—, y te muestro sólo a Ti mis tres pecados, viejo Cristo marrullero, atosigado en el gaudeamus y rodeado de tus mujeres anchas y presurosas.

*En un juego de correbuelas voté  
por mí mismo en la elección para elegir al mejor de los querubes...*

El Crucificado desvió la mirada cuando alcé hacia él los ojos. El Cristo de los pobres y los dignos, la víctima del Gólgota, el Justo... ¡se ha estremecido de odio al verme! *El zumbido del mar adentro de tu cabeza, tu tinnitus, bien merecido te lo tienes*, creí oírle mascullar. Por eso es que a Ti clamo, Cristo impío (el otro convalece en sus asuntos).

*...y me las di de caballero principal en una fiesta de pordioseros...*

Oh Cristo de los explotadores, de los degenerados y los tercos... ¡Ten misericordia de mí!

*...y glorifiqué los escupitajos del prójimo que osó pedirme asilo durante la Hora del Brujo.*

**Biografiándolo, el vendedor ambulante Mauricio Horacio (no se consignan apellidos), recuerda con tranquilidad sincera los carretes que se pegó con el lustrabotas del mercado, su mejor amigo, opositor indomable a la dictadura de Pinochet, y apodado por los comerciantes de la cuadra como «el pequeño campeón»**

De su autoestima en sombras emanaba  
esa serenidad que lo envolvía: nunca imaginó  
siquiera  
que la vida le debiera algo. A fuer de tropezones,  
hablaba con más resabios de añoranza  
de sus trajines del día a día  
que de sus recuerdos.

Con la intención de no alarmarlo  
–y cuando las circunstancias resultaban apremiantes–  
no revelaba del todo la magnitud de sus dolencias  
al médico que el Servicio de Salud Pública  
–al cabo de embrolladas y tediosas diligencias– le ofrecía.

A tal grado la vergüenza en él adquiriría coloraciones  
a contrapelo que –como de sus tutores el colegial repitente–  
huía sonrojado de sus esporádicos deudores; los saludaba,  
obviamente, sin falsa solemnidad  
ante el encuentro inevitable, junto con abrazarlos al trote  
puesto que, según sus conjeturas, *abrazar alarga la vida...*

Apenas respiraba por no molestar  
a quienes se hallaban a su lado. O,  
por decirlo con cierta onda: respiraba con una dulzura que,  
examinada *in situ*, devenía en resignación neta,  
y se transformó –bien por comodidad, bien por desengaño–  
en un masturbador contumaz y sin horario, renunciando  
de ese modo, y conforme a los requerimientos de su carácter,  
a cualquier tipo de vínculo carnal  
como no fuera al que lo conectara con su propia resaca.

Analfabeto, de facciones graves  
era, a pesar de los pesares, una persona de palabra

y alegre.

Lo apodábamos «el pequeño campeón» a causa de su estilo tan particular de agarrar la copa y empinársela de tal manera que creaba expectativas exultantes en los parroquianos, tráfugas del toque de queda y de los *cogoteros* de poca monta, mártires azarosos de la época, por así decir. A su cuchitril de arriendo, situado entre callejones híbridos y caliginosos del viejo Curicó de los 80, y con el propósito de conquistar el máximo de oscuridad posible, llegaba descolorido nuestro pequeño campeón, y la vez en que pudo haberse puesto su camisa dominguera, la «amasada», y no se la puso –usada al efecto como soga–, adelantándose a los hechos, murió (...) Cuando abrí la puerta y encendí la vela, por mera coincidencia tararé

*We are the champions, my friend,  
and we'll keep on fighting til the end...*

Ah, pequeño campeón. Estabas tan desnudo  
que no te vi.

**Oskar Wil-fredo (suponemos su seudónimo) se vale de un relato de soterrados artilugios para hacernos llegar su confesión:**

### El ogro de Cornualles

No bien se hubo despedido del Gigante, y al mirarlo por última vez tras la ventanilla del tren, el Ogro de Cornualles comenzó a sufrir la desazón aquella que ya no lo abandonaría. Después de siete años de haber compartido los melindres del día a día, las discusiones en su mayoría absurdas y domésticas y de visible solución, los buenos y los malos chascos, la cháchara profunda y la otra, la rutina feliz al fin y al cabo... el futuro le parecía ahora un ir y venir sin ton ni son. Por un segundo tuvo miedo de volver al Palacete, esta vez sin compañía, deshecho. Consciente estaba de que al abrir la puerta lo recibiría, inclemente, un nuevo huésped de catadura tan molestosa como ineluctable: el recuerdo. En efecto, al entrar al Gran Salón lo primero que vio fue el jarrón griego sobre la mesa y restos de carne en los dos platos, residuos del banquete de despedida de la noche anterior, cuando la inconsciencia etílica los dejara despercidos de prejuicios y convencionalismos por un buen rato... aunque siempre temerosos de excederse en la manifestación de los afectos, de pronunciar alguna palabra que los comprometiera más de la cuenta... En la Estación de Ferrocarriles había sentido lo que presumió era angustia. A la verdad, angustia ordinaria, sin objeto, pensó, y quiso de repente retener a su amigo, que así se le escapaba, con un abrazo único... Al punto comprendió, despavorido, que la evocación de ese abrazo podía, en lo sucesivo, hacerle perder la calma... Se concebía a sí mismo cansado de no sabía qué, y quiso dormir los siguientes siete años de corrido. Muy pronto se percató que dormir los siguientes siete años de corrido lo cansaría todavía más. Acercóse al jarrón griego para corroborar que aún guardaba bastante whisky, y bebió sorbo tras sorbo de tal forma atolondrada que se empapó la cara y el pecho... El vértigo lo transportó al Tamar, sitio al cual, durante los siete años de convivencia, no dejaron de acudir cada vez que el clima los instigaba. Llegaban a la curva adosada entre dos sauces, un apartado recoveco al que denominaban «*nuestro refugio*» y, quitándose los atuendos, y escudriñándose por el rabillo del ojo, se sumergían en el río como dos chicuelos en un juego de aletazos y chapuzones. Evitaban, eso sí, tocarse dentro del agua, si bien prolongaban, con el alma en un hilo, el instante en que el roce de los cuerpos resultaba forzoso...

Contra todo sosiego, un recuerdo se le cruzó al Ogro de Cornualles con más fuerza antes de acostarse. Una calurosa noche de junio, luego de la infaltable partida de naipes, decidieron asistir al concierto de la soprano de moda, de paso por el pueblo. ¡Tonto les pareció, de momento, desaprovechar tal ocasión!

En mitad del espectáculo, el Gigante le comentó al oído que se sentía sofocado, que iría a tomar aire a la salita de espera. Azorado en su butaca, el Ogro de Cornualles pasó de la preocupación a la inquietud y de la inquietud a la molestia cuando, terminada la función, descubrió al Gigante en el Hall y en grata plática con el acomodador del Teatro, y riendo en actitud entre pícara y maliciosa... *¿Acaso eso es sentirse mal? ¿Posee su nuevo amiguito dotes de medicucho?*

Más que incómodo, deplorable fue el regreso, en silencio; silencio que un testigo sagaz hubiese calificado de «siniestro». Al entrar al Palacete no cenaron ni se dieron las buenas noches, como era lo habitual, y cada cual se dirigió a su cuarto en pésima inteligencia.

A la mañana siguiente, el Ogro de Cornualles fue despertado por un silbido angelical, en extremo armonioso –de resonancias que juzgó, a raíz de la zozobra nocturna, poco más o menos que sobrenaturales– proveniente del patio. Asomado a la ventana vio cómo el Gigante, en mangas de camisa y con las tijeras de podar, se esmeraba en amononar el seto de rosales y, entretenidísimo, iba escindiendo la maleza mientras silbaba la Novena Sinfonía de Beethoven, pieza predilecta de ambos y que les sirviera de música de fondo de las agradables jornadas compartidas. Sobre el césped relucía, además, la bandeja del desayuno dispuesta para dos, con néctar de manzanas, té verde y tostadas...

*Hace frío, hace un frío gigante. Y falta un abrazo en el hueco del aire, que también falta.*

Tumbado en su lecho, el Ogro de Cornualles pasó revista a los miles de episodios que ya conformaban una rara –a la par que alocada– historia, sin sospechar que cuando su amigo el Gigante retornara a su Castillo, apesadumbrado por similares emociones, histérico y estresado, la nostalgia lo pondría también de mal humor. Más todavía al sorprender a los niños de su barrio que, aprovechándose de su ausencia, habían hecho las de Quico y Caco en su jardín.

**Saltándose el protocolo de rigor, César Iscariote se confiesa directamente con el autor de este libro**

Me arrepiento de todo, Américo Reyes.

De los blues que escuché con ahínco  
y desmesura, y de la garganta con la  
que he debido convivir, apartada,  
por angas o por mangas, de su más  
perversa y perentoria sed,  
traqueteándola entre cantinas de mala,  
pero preciosa, inapelable, pundonorosa  
muerte.

Me arrepiento de haber puesto  
mi juventud como escudo  
en contra de mi hermano  
y me arrepiento de las monedas  
que tiré al tarro de la parapléjica  
ciega, apostada en frágiles  
y verduzcos galpones municipales,  
y de mis noviciados de mendigo.

Me arrepiento de los hijos  
que dejé correr arroyo abajo  
y de pisarle la cola al dios que veneré  
y de la sangre que no fue sino  
una mancha en el camino  
y de cubrir con mi pañuelo  
—lo mismo gentil que maldiciendo—  
los tumores del Niño Sándalo  
y de haber sido el culpable perfecto  
y el solitario no ortodoxo  
y el mercachifle sin metas  
y el que vendió su honor  
para recuperarlo más tarde  
—pero a precio de huevo—  
en un estercolero de lujo.

Me arrepiento del estupor erecto  
vaciado sobre yuyos y guijas, en el Lontué,  
—cuando me debatía entre la vida y la *neocontingencia*—  
acariciando nalgas ajenas, mentones, cuellos ajenos  
en una época tan plena de vertiginosa orfandad  
que hoy ni siquiera el espasmo padecido  
da para recuerdo, al igual que un dolor que llega y punza  
y acaba por marcharse, porque su doliente lo ignoró, sin más.

Me arrepiento, Américo Reyes, de las cartas que escribí  
cuya posdata era un TE QUIERO enorme,  
y de las que no escribí  
cuya posdata era también un TE QUIERO enorme.

**Frente al que siempre ha considerado su maestro, y en una cuasi sesión de «espiritismo poético» (excuse tamaño barbarismo el lector fino), Tomás Rodríguez Durán hace partícipe de sus aprehensiones, en una noche de repentina tormenta, a Allen Ginsberg**

Querido Allen:

Hemos sido informados que **cabeza de chorlito** iba a escribir una oda a sus lectores, pero se contuvo. Sus lectores, dedujo, son todos unos desagradecidos. Más tarde los desacreditaría a rabiarse en un boletín de su comuna: *Es la envidia la que los ha empujado a darle bola a este sermón. ¡Viva la vieja escuela!*

Así haya sido en un pasquín de pacotilla, **cabeza de chorlito** rapiña su pedazo de gloria y se agarra firme de la carne de sus enemigos.

Dicen, Allen, que **cabeza de chorlito** recuerda haber aplaudido con devoción sincera el discurso de Chacarillas, en julio de 1977, a la vez que sería él quien inauguraría la sarta de pedradas hacia la Fuerza Pública el 11 de mayo de 1983, en Santiago de Chile, en lo que se dio en llamar la PRPM (Política de Rebelión Popular de Masas).

Se codeó **cabeza de chorlito** con los malabaristas del Circo Universal —él mismo lo era—; con los encapuchados —él mismo lo era—; con el barrendero corrupto, con el acolitillo y el apóstata. En épocas de rubicundez, él mismo llegó a ser un barrendero corrupto, un acolitillo y un apóstata.

Y fue **cabeza de chorlito** quien aseveró que la poesía hermética es una invención de los lectores tontorrones, incapaces de comprender nada, y que la anti poesía es una mierda, pero mierda celeste, en su más colosal acepción, porque **cabeza de chorlito** siempre ha pensado que no hay peor silencio que aquél que no se nombra.

Nos notifican, Allen, que **cabeza de chorlito** pasó un invierno entero en Curicó, específicamente en el cerro Condell, departiendo con el «hombre chanco» —personajillo éste que fuera pulverizado por la prensa manfinflera de la época, echando claras luces sobre su oscura inexistencia, o al menos sobre su existencia tramposa y/o extraviada— y más de algún confidente ocasional afirma que, durante su primera cita de amor, rondando ya los dieciséis y en el maizal de la Casa Cinzano —habitada por sus abuelos en inquilinaje—, **cabeza de chorlito** excretó viva la lagartija engullida en su infancia, cuando jugueteaba con unos primos en las acequias de la mentada casa, en cuyo entretecho habría encontrado... ¡un Aleph! que se esfumó entre sus dedos apenas lo tocara, según sus propias declaraciones, cuando le preguntaban: ¿Y el Aleph...?

De momento, **cabeza de chorlito** se está yendo en picada contra los profetas chantas que no hacen sino augurar, decepcionando al vulgo, lo que es un secreto a voces entre los cofrades de las Altas Esferas: que la Concordia Sideral seguirá siendo lo que es: la inalienable Concordia Sideral. A secas. *¿No es acaso la pega del profeta que se precia vaticinar inundaciones, terremotos, pestes y guerras... para luego –esta vez reprofetizando– recompensar a la pobre bestezuela humana con fortuna en abundancia y períodos de avenencia, y volver a vaticinar inundaciones, terremotos..., etc., etc.?* A menudo se pregunta **cabeza de chorlito** si la polución matinal en su cama después de tan prolongadas como involuntarias abstinencias no sería también profetizada... ¿Qué dicen los profetas del vacío sublime?

Y son, oh Allen, sus propios compañeros de ruta los que denuncian que **cabeza de chorlito**, dando visos de ser muy fresco de raja, pero de estampa delicada y lustrosa, se pasea por las calles como cualquier hijo de vecino. Si la situación lo requiere, formatea su PC –revelan–, va al cine acompañado de su amiga punk, se pone contento con los triunfos de la Roja; en períodos de elecciones mantiene la compostura, y de ser un acérrimo defensor del voto obligatorio no sufragó ya más cuando el voto dejó de ser obligatorio, acusan, a fin de que algún oyente se haga cargo.

Pese a tal circunstancia, sostienen sus compañeros de ruta que **cabeza de chorlito** será condecorado –para regocijo de sus detractores– en la única guerra en la cual no tuvo arte ni parte, con la Medalla Del Grandísimo Honor Al Héroe Sin Par, porque **cabeza de chorlito**, tú lo sabes, Allen, mejor que nadie, ¡sigue gobernando el mundo!

## Declaración oficial de Álvaro Díaz Tapia, de la que se desprende, por sus callosidades y retruécanos, que cayó en amor

De repente empecé a encontrar  
que los demás estaban  
viejos, fomes, feos, malolientes..., al punto que  
los acontecimientos del país  
—convertido de por sí en un lugar  
que lo había vivido todo— me resultaban asquerosamente  
previsibles. Sin ir más lejos,  
mis camaradas llegaban encorvados,  
caminando a tientas; les costaba incluso  
tocar el timbre de mi casa,  
y se asustaban con los ladridos  
de *Calígula*, mi mastín,  
—al que conocían de cachorro—,  
y el más audaz disfrazaba su lasitud  
silbando melodías a la moda,  
y carcajeando...

Sólo yo tenía planes, aventuras  
que emprender, dilemas que zanjar; quería  
conocer la altura y el modo de caer  
para volver a pararme.

\*\*\*

**Anexo:** Téngase presente que yo era un agente de Estado y todo lo que declare podría ser interpretado conforme la ocasión, y que si digo que mi Comandante estaba ebrio a las 03 P.M. del día 15 de junio de 1985, es porque estaba ebrio, y si digo que la prisionera en cuestión era bella y que las cicatrices de sus cesáreas le conferían no sé qué destellos de vírgenes remotas, es porque era bella y las cicatrices de sus cesáreas le conferían ¡dejémonos de payasadas! no sé qué destellos de vírgenes remotas.

**A través de sus décimas nos hace llegar el huaso Lecaros su encendida concepción del desamparo y la esperanza**

El tiempo vil y veloz  
y esta agonía tan lenta  
al fin me pasan la cuenta  
en contubernio feroz  
con mi entrepierna, mi Dios,  
en donde el Ardor insiste  
empotrado como quiste  
en descargar su bravura  
dejando «la cosa» dura  
y a mí chamuscado y triste.

Triste el novillo de enero  
en el rodeo vencido  
y el guaripola aterido  
y el bote sin su remero;  
y el que perdió su sombrero  
y el que quedó en el andén.  
Triste el mango sin sartén,  
triste el eje sin bolón.  
Más triste es tener condón...  
¡pero no tener con quién!

¿Quién ha de ser si ninguna  
mujer a mi lecho arrima  
sus artilugios de esgrima  
y su carita de luna  
para vaciarme en sus dunas  
con tanta devoción cierta  
de resplandor recubierta,  
con sus cálidos olores  
llenos de luz y de flores  
poniendo al cielo en alerta?

Alerta ya está la mano  
ante tan vital ausencia  
y perdiendo la paciencia

de tal comezón va al grano  
y a cortar, pues, por lo sano  
con ímpetu que no falla.  
Condón que esperando se halla  
su circunstancia de gloria  
y no es todavía escoria  
¡sirve para otra batalla!

Batalla que el día cierra  
con una noche en que Eros  
todo lo empieza de cero  
y el alma al cuerpo se aferra  
como si a toda la tierra  
la moviera un solo viento.  
Quedará atrás, de momento,  
la fatiga cotidiana,  
el trajín, la suerte llana,  
la sangre fría y el tiempo.

**En su celda invisible se lamenta, desconsolada, Alejandra Pilar (no se consignan apellidos)**

He llegado sucia  
a mi cita de amor.

Quería ser apapachada  
y erré el tiro.

Ni siquiera tarde,  
ni siquiera en ascuas.

Como la luna  
que el equinoccio hiriera  
he llegado sucia  
a mi cita de amor.

**Y quien se presenta sólo con sus iniciales, R.A.G.L., demanda que el día 17 de enero y no otro sea reconocido por los pueblos del mundo como el «día internacional de la felicidad»**

Debo decirles que desde mi diminuto principado me fue permitido ver puestas de sol tristes y alegres, y sorprendí de tanto en tanto a los adolescentes de Dragones Sur huyendo a un lago sin orillas durante una no predecible tormenta –y refocilarse luego–, y he llamado Doctor en Letras al quiltro que acaricié en la casa del herrero porque supo indicarme el lugar exacto donde nace y muere la auténtica, la única metáfora y sus contradicciones deslumbrantes, y compadecí en el acto a la garrapata que le arranqué de cuajo y tiré al horno, pensando: *Oh, también ella es una criatura celeste, hecha con la mano de Dios*, y allí donde el olfato escudriñador detectó el mejor de los negocios yo sólo vi el fin de la templanza –por eso abracé la causa de los tercios–, y en el cadáver de mi prójimo adiviné la terquedad del cosmos, los cascajos de mi generación, su usura, la resurrección de los remordimientos al pulso de sus carnes, y apuré el tranco rumbo al cabaret al que no quería concurrir, puesto que de aquéllos, mis enemigos esenciales, aprendí que la vida es corta pero interminable, y que si llegué a los 38 fue por pura indisciplina, por vicios del instinto y vanidades del ánimo... no obstante, alabé mi suerte cuando comprendí que amanecía una y otra vez, y que los días pasan hasta desembocar en el 17 de enero, día de decirle

## SÍ y NO

a todo. A  
los muertos y a los vivos. Lo  
mismo da.

El día de darle guaraca  
al entendimiento.

El día de sudar  
y ser sudado.

**El guerrero anónimo de Black Waters City se despide de su pinganilla, nombrado «levanta-carpas en lo oscuro», «bultito de oro» y «enciende corazones» durante una jornada de copas**

Era el octavo día oculto que va tomando forma  
con las horas que sobran cada día  
cuando los puntos cardinales no fueron más que eso: puntos  
achicándose, achicándose  
hasta dejar en infernal contrarresto  
a mi Pinganilla que, extirpándose el cuerpo,  
lo entregaba a los desbarajustes de la ribera de revés  
del Guaiquillo.

De pronto recordé aterrorizado  
que *algo* en su cintura –las alforzas muelles, la fosforescencia quizás,  
determinados moretones– evidenciaba que  
en un pasado incierto había sido muy feliz  
pero que le fue dado preferir, *in hymnis et canticis*,  
la calma sin ostentaciones  
a la felicidad descabellada,  
y jadeaba –de buena fuente me enteré– como los ciegos,  
parapetado en una fe implacable en su propia delectación  
–y en las delectaciones ajenas cuando constituían,  
en efecto, delectaciones–. En jornadas  
de diversión extrema vociferaba  
–a quien quisiera oírle– que la vida era una lata  
y que morir bien valía  
un pito... con ese tono de voz sacado a flote cuando estamos  
frente a quien nos conoce de niños  
para demostrarle que hemos crecido, que somos grandes\*.

Ah mi Pinganilla. Portador  
de una desnudez violenta y macerada –que exhibía  
como su sexto sentido, y pendiente  
más del amor ajeno que del propio–  
los sentimientos de culpa le dispensaban  
un insólito atractivo  
que él nunca pudo –o no supo– manejar a su favor.

\* Maniobra en todo caso inútil, por cuanto el niño que subsiste en nuestro interior aflora cada vez que nos encontramos ante quien nos conoce de siempre, máxime si nos invade el abatimiento o nos encontramos particularmente sensibles. (Nota de un lector metiche, pero perspicaz.)

**La trovadora Rosa Gabriela Luna, aduciendo stress sentimental, se resiste a entregar su confesión y, entre sollozos, sólo suelta una copla**

Cautiva se halla mi suerte  
en medio de su negrura  
de aquel mal que ni la muerte  
con todo su poder cura.

**A pleno pulmón, desde el río de Los Queñes, Alicia Cisneros anuncia,  
en tono críptico, que en la vida se va y se vuelve**

Mi alfarero y su jaula del demonio,  
mi alfarero y su sable venturoso,  
mi alfarero y su temblor de leche,  
mi alfarero y su escupitajo de oro,  
mi alfarero y la duda que le da alas sin cielo,  
mi alfarero y el deseo que lo deforma y encandila.

*Ay, su cara de niño me recuerda  
que la vida es un juego.*

Mi alfarero y la marihuana sacra,  
mi alfarero y la nobleza de su quehacer maligno,  
mi alfarero y la voluptuosidad de sus resignaciones,  
mi alfarero y su arcoíris descascarado,  
mi alfarero y la ilusión en escabeche,  
mi alfarero y sus dientes tristes.

*Ay, su cara de niño me recuerda  
que la vida es un juego.*

Mi alfarero y su llave que abre  
al fin  
una nada mágica.

*Ay, su cara de niño me recuerda  
que la vida es un juego.*

\*\*\*

**Anexo:** Porque no sé no-nadar contra la corriente... es que nado contra la corriente.

**El bardo Joaquín Agustín Domínguez las emprende contra el soneto, desde un soneto, que ha intitulado, para perplejidad de sus confesores:**

Contrasoneto

Ah, qué insensata cosa es el soneto  
con sus catorce versos, sus tarimas,  
sus estrofas dispares y sus rimas  
entre cuartetos presas, y tercetos.

Yo en tales tonterías no me meto  
así sea de Lope el don que anima  
a subirle al aedo la autoestima  
lacrada con rigor y gozo quieto.

De todas las banderas, por bacante,  
escojo la que pueda izar mi pluma  
pendenciera y soez para el que aguante.

No codicio sino la cima suma  
que límite no ponga a lo que cante,  
y a granel reverdezca, como espuma.

**Se dirige a sus progenitores Javier José Salas Montoya para comentarles que algo que ocurrió hace muchos años en el Golfo de Penas ha comenzado a ocurrir de nuevo, esta vez adentro de su cabeza**

Yo, retoño miserable y vuestro, en pleno uso y ejercicio de mi delirio –en el lugar equivocado, a la hora equivocada pero en el cuerpo correcto, mi razón de ser, mi *gnosis*– os confieso que hubo hombres que bajaron por el mar y luego se los llevó la neblina, el crespón de la gaviota, la resaca.

Nunca pudieron esperar mucho tiempo.

De partisanos fueron incluso vulgares y orgullosos cuando no los arrebató la pesada ternura de permanecer inquietos al ribete del espejo donde a veces sobran ciertas imágenes. Mejillones agoreros hoy chapotean en él hasta que la ceguera los hace pedazos en su crepitar de arcilla y despilfarro.

Incontinente, dibujé el nombre de mi amor y el de mis compañeros en una llamareja, y comprendí –a empellones– lo que es un sueldo y lo que es un país, y lo que mi vientre le reclamó a la hojarasca.

Cuenta la leyenda que quise saber el nombre de mis muertos, besarlos, y el mapa me empujó a ciertas montañas, hacia silencios que no olvidé, a despeñaderos cerrados donde siempre era muy tarde.

Mas  
¿es la guerra un asunto sólo de la gente feliz?

## Confesión nocturna de Paula Iris Barrera Muñoz

Tuve ganas de no besar, compañerito,  
y apareció la risa, el canto.

Ocurrió esta mañana; yo era entonces joven  
y autosuficiente. Había madrugado  
a fin de descansar  
del sueño que más abajo explico.

Y no supe si el abstruso ardor  
lo producía mi canto  
o si mi canto era su fruto.

Y porque en la muerte pensaba  
con la premura de un deseo que se vierte  
después de tanto tiempo  
mis dudas eran bellas, y bella mi sien escarmentada.  
El viento en los rostros ajenos me bastaba  
cuando tuve ganas de no besar  
y apareció la risa, el canto. Lo  
que mi Ángel de la Guarda denominó  
su derrota, laburo a medias, desatención.

Del sueño de vivir en armonía con el resto del mundo  
—más que del sueño de la Codicia y el Enfrentamiento—  
¡desperté sin fuerzas! Hube de ser  
mi mujer y mi hombre.  
En jerga del alcahuete: cuidarme de éstos  
que no hablan del presente si no se les acaricia,  
los que, de no mediar una equivocación, no abrazan,  
los que no besan si no son besados...

¿Y qué batahola es ésa de los besos  
si una vez que se dan desaparecen, no existen,  
a pesar de quien fragua, a pesar de quien funde?

A mí no me engañas, compañerito. Ya vi  
las arrugas en mi cuello

y ausculté mi empeine rasgado  
donde la nostalgia instaló, inmisericorde, sus avisos.

Al punto ¿quién es capaz de querer  
a alguien no desnudo, a un herido  
al que no se le dijo la verdad?

**El rabadán de rabadanes, quien fuera un día ungido como «el farol del altiplano», es asediado por sus discípulos a la hora del té**

Maestro, no hemos emprendido aún el despliegue torvo  
y cuando las estrellas asoman por la totora  
sumergidos ya los unos entre los otros  
al alero de campanas ocres que titilan  
el mar no nos devuelve la música que hemos desperdigado.

Maestro, es una lástima haber nacido en Occidente  
donde *todo pasa y todo queda*  
–un romancillo trivial lo delata–  
y donde los volcanes se parecen a un babeo  
de *katakumbas*, el más séptico.

(Es una lástima no haber nacido en el Oriente espiral  
y no poder lucir la muselina que haga al menos de nuestras excretas  
algo soportable y aun necesario).

Dinos, Maestro, por qué nuestras almas encontraron  
estos cuerpos bajo un cielo de viruta  
que los contorsiona y empequeñece en su batalla  
contra la Gran Batalla que arreciará.

¿De qué nos puede servir el maíz, el cacao, el ulluco,  
el diablo de nueve metros que se viene arrastrando  
por la Patagonia  
y las chayas en las fiestas de los estudiantes  
y las revistas de puzles en la Biblioteca Nacional  
y el olor a vagina en los kioscos de papas fritas  
y los homosexuales importados del equinoccio?

Oh Maestro, estamos cansados de fruslerías,  
de dar explicaciones cuando el Inspector de Buses  
nos pide en una micro el boleto que distraídamente  
hemos tirado por la ventana, de respetar los letreros *No pise el césped,*  
*Salida de vehículos, Tome Coca Cola,* etc.,  
en este profano español falto de espiritualidad  
–lengua después de todo de verdugos, conquistadores

de pepitas, espías reales que sucumbieron  
ante el terrible arte de pasar un rayo de sol por el ojo de una aguja—  
en el que te imploramos, sin embargo,  
aire fresco para nuestra zozobra.

## En un sobre cerrado, Arturo Raimundo Cárdenas entrega su confesión

¿Alguien más ruin que yo? ¡Ja ja ja...! Imposible.  
Hipócrita, cahuinero, lanzo al mismo saco  
las concepciones de «república» y «retrete».  
¿Mi retrete? Sintaxis del hedor, sublime orina, lejía inmundada.  
¿Mi república? Mil saludos al panadero durante el día,  
y en la noche sólo ¡salud!... (¡salud!... por esto y aquello).  
Feligrés de los parques abandonados  
—y jugando con las hojas que el viento rechazó—,  
he vuelto a mi pupitre, compañeros quiltros.  
No hay un infame que me llegue a los tobillos.  
La misión del animalejo que defeca encima de los gladiolos  
no es otra que la de envidiarme: al rendirme pleitesía  
salva su pellejo, salvaguardándose a mi suerte y honra.  
No hay charlatán, rufián ni malparido más alto, y nadie hace más trampas en  
el juego. Ninguno le ha mentado tanto a una mujer, ni ha robado de la alcancía  
de los hijos el dinero para dejar que se pudra en los charcos que obstaculizaban  
el paso. Ninguno hurgueteó en los bolsillos de los muertos, después de la  
batalla, con la pasión de un vicioso como yo lo he sido, en busca de algo para  
la mente, un souvenir, y el asco para seguir viviendo. Ninguno lamería el culo  
de sus compatriotas con el rencor que a mí me anima, y ninguno adora tanto  
su Comala. Ni digan que hay otro más repulsivo que yo, porque me inclinaría  
hasta su ombligo con el único fin de ensartarle mi navaja en su páncreas  
noble... ¡Tal el páncreas de mis compatriotas, según decreto gubernamental!  
¡Ah mis compatriotas! Contrariando a Freud,  
mi escroto  
vale oro.

**Es el mágico verano de 2011 y Reinaldo Toro Bustos (42 años, casado, tres hijos, licenciado en historia) nos hace partícipes de una extraña turbación**

De vuelta a las calles  
de Black Waters City  
cavilaba yo en el episodio  
de Marco Polo y su encuentro  
con un ovejero en Armenia,  
frente al monte Ararat, donde,  
conforme la leyenda,  
habría varado el Arca de Noé  
después del Diluvio –y en otros lances  
del gran veneciano– cuando reparé en  
el muchacho conocido en el barrio  
con el mote de *el gitanyillo*. Junto al menor de mis hijos cursaba el 2º medio en  
el Liceo Politécnico JT. Difícil admitirlo en el pasado, excepcionalmente  
temblé al verle salir de la heladería *Papillón*, con su bozo pulcro, la visera puesta  
de revés, sus sienes que adiviné húmedas si bien escurridizas, la crema del  
barquillo empapándole el *piercing* de la lengua en actitud de arrogante y velado  
reto, y las zapatillas desabrochadas, a la usanza de los tiempos que corren, al  
igual que la polera sin mangas y el bluyín pitillo que llevaba sin cinturón, de  
modo que al caminar con un estudiado movimiento –supuse– pusiera a la vista  
del menos curioso, por ejemplo –...*con malicia y adrede*, medité ya con desoladora  
certeza– la pretina de su calzoncillo bóxer, y riendo como si no se fuera a morir  
nunca, con esa escandalosa indiferencia, al borde de la ofensa y/o la pro-  
vocación, tan común en los muchachos latinos de provincia... *Con razón lo*  
*apodan el gitanyillo*,  
pensé desmoralizado,  
deseando de corazón  
que envejeciera de golpe  
como dicen que les puede ocurrir  
a los jóvenes  
malcriados y sin clemencia.

**Confinada en los recovecos de un fin de semana más, se logra distinguir con absoluta claridad a Verónica Hernández bajo el peumo hispido, a donde llegan también los recuerdos, y solidarizar con su pregón**

Otro sábado lejos de aquel sábado... Mi nombre era –creo– algo así como Verónica Hernández: una huérfana que repartía verduras durante la siesta; podía descansar instantes enteros en el bodegón de la granza después de participar en el departamento juvenil de la iglesia de mi comuna, en una de cuyas calles tropecé por primera vez con quien estuvo presente en todo mi pasado.

Hasta que lo encontré le dije que nació buscándolo, y adiviné su nombre por el fulgor de su entrecejo. No cambié de religión ni de peinado ni de ajorcas porque él se había metido en la piel de los demás para espiarme.

Y si bien su primer saludo fue un gruñido lo conocí, lo reconocí como en un espejo impalpable. La inflexión de sus silencios daba cuenta que aún guardaba esperanzas. Esperanzas sin floración, pero esperanzas al fin.

Y yo –la correteada, la soberana maldiciente, la que aprendiera a acariciar mirándole la espalda– ansié tocar su pelo, todo su pelo... Ese día relamí su mejilla –más por salud mental que por otra cosa– y bajé a su sexo desguarnecido sólo para saber cómo era no morirse por dentro porque aprendí también a poseerlo sin él, a apretarlo, a reducirlo sin él, a consolarlo.

Y mientras cogía su ropa le aclaré, sentando un precedente, que mi falta de soberbia no la suplía con humildad... Que las razones de la hora, que las encerronas sociales, que la comezón y los desbarajustes afectivos me obligaban a suplicarle, consciente que cruzaba una línea: *No te vistas, que me duele...*

Yo, Verónica Hernández, o casi Verónica  
Hernández –un poco más vieja, más limpia ahora–  
recuerdo mi época de verdulera en Plaza Italia –sumada  
a las protestas en contra de HidroAysén–  
y *Calorub* después de la paliza en una palma ensalzada:  
la ensalzada palma suya  
sacándome todo el amor del cuerpo  
gota por gota por gota  
hasta la victoria final.

**Filofóbica, con la energía que dan los desengaños, con el poder de la propia superioridad desterrada, con la belleza y el candor de las épocas inútiles, le canta Yolanda González al hijo del Guaiquillo su bolero de gracia**

No me hago cargo  
de tu temblor a medio ganchete.  
Juntando tesón con tesón  
a mis entrañas se acurruca  
como la mala hierba  
si bien salvo ilesa de tu  
única mirada  
las veces que salgo de tu casa  
tal como he entrado:  
¡sin ni un abrazo!

*Pero no puedes irte  
porque he destruido palmo a palmo  
los materiales de tu ausencia.*

Ay de mí cuando te amenazo  
—con mi casi nula experiencia  
en el terreno de las amenazas—  
que te dejaré solo  
y que no volverás  
a verme ni a saber de mí  
y pones la misma cara  
que si te pagaran un dinero  
que habías dado  
por perdido.

*Pero no puedes irte  
porque he destruido palmo a palmo  
los materiales de tu ausencia.*

«Me gusta el sexo», afirmas  
mientras retiras mi mano  
de tu nuca, argumentando  
cansancio *post merídiem*.

«Me encanta besar», dices,  
y fumas y silbas, silbas y fumas.  
Por último, te oigo declarar  
que abogas por la vida en pareja.  
Y miro por la ventana  
cómo me abandonas.

*Pero no puedes irte  
porque he destruido palmo a palmo  
los materiales de tu ausencia.*

**Tras fatigosas reflexiones y sopesando los pro y los contra, Rigoberto Andrés Gómez Lagos hace un alto en el camino para referirse a su amigo fiel**

Admito que he querido mucho a mi amigo  
mientras mi amigo era poquita cosa, un galancillo  
de menor cuantía, un rajadiablos en busca de su destino y,  
en la acepción amorosa del término  
–parafraseando a Paracelso–, un bobalicón; a lo sumo  
un buen-escucha, un *chato piola*, un weón  
que se alegraba con los triunfos del Club de mis amores,  
que no era,  
por cierto, el suyo.

Decía ¡SÍ!  
a mis ganas de emborracharme  
en horas absurdas. ¡SÍ!  
a mis verdaderas des preocupaciones,  
y a las falsas.  
¡SÍ! a mis mujeres  
cuando le conversaban de mí y de mis muy  
personalísimos asuntos.

He querido mucho a mi amigo  
cuando estimé que era más charcha que yo,  
y más viejo, y más pobre –y bordeando ya la decadencia–;  
y también cuando en el hueco de mi abrazo  
pretendía encontrarse a sí mismo  
y tropezaba con mi sopor sincero  
y culpaba de tal evento al tedio, a la vida...  
¡qué sé yo!

**En su exposición barroca y de fúnebres resabios, Heriberto Aliaga Zapata ostenta, a regañadientes, su incipiente congoja**

Ni soñador ni anti soñador,  
mi error fue creer en los lugares.

Y cuando pregunté por la diferencia  
entre un «*no te vayas*» y un «*quédate...*»,  
por la diferencia entre un «*cállate*» y un «*no hables...*»

O peor aún: la diferencia entre un «*sácate la ropa*»  
y un «*desnúdate...*», ella me contestó que  
ningún lugar no existe!

Y porque he recordado con más intensidad  
el placer ajeno  
que el mío propio  
acabaron compadeciéndome  
aquéllos a quienes pensé un día yo compadecer  
de buena gana.

La vez que ella apareció sin brazos, por ejemplo,  
no supe dónde esconderme.

Y cuando le abrí la puerta y se presentó sin pantorrillas  
pensé lo tarde que era.

Y cuando llegó escudada en su vencida adolescencia  
como los locos, olvidando que envejecería (pero  
con ese sex-appeal extra que le otorgamos a quien nos gusta,  
esa yapita de la sublimación, el *plus* que nos desarma) vi  
que existía un resplandor nuevo por el cual luchar  
y estremecerse, y especulé que me quería cuando,  
al referirse a mi perro, no decía «el perro». Lo llamaba  
por su nombre.

La definían movimientos amables, unidos a una oscura delicadeza en su  
discurso, absurdas interpelaciones acaso circunscritas a un sentimentalismo  
poco convencional, sin referencias, burdo, etéreo, etc.; es decir, el perfil

inequívoco de quien cometería, con el transcurso de los años, un crimen. Reflexionando hondo, podría conjeturar que dicho crimen... ¡fue haberme mandado al diablo! Pues cuando empezó a dar saltos de alegría, sin razones aparentes, quise, por lo bajo, tener mucho miedo. Y cuando regresó a buscar su cuerpo que se negaba a desprenderse de mi lecho porque la noche lo había enquistado entre las sábanas con una procacidad insufrible, consideré de cierto que los dioses me debían explicaciones... ¡más allá de lo permitido! A la larga, hube de refugiarme en estas estrofas en las que no me quedó más remedio que implorar que mis víctimas sean sensatas y felices.

**Al más puro estilo «Corín Tellado», una veinteañera Cecilia Alcántara se venga, voz en ristre, del hombre que la conturbó**

Amigo, me acusas de tenaz pero no tienes pruebas. Lo que sabes de mí se lo debes a mis dedos, a mis nociones de discriminación, a mis mal estructuradas pugnas. Y ya que tu amistad me trajo mala suerte, he debido pasar de un día a otro sin envejecer –sin ti– las veces en que jurar en vano no te ha sido posible.

¿En qué momento los besos pasaron a ser un lujo? ¿Y un abrazo un acontecimiento? ¿Y mi esencia la única cosa irreal? ¡Respóndeme, Igor Alvarado Casanova! ¡Y pídemme perdón, que ya no aguanto más! ¡Miente en mí y agárrate de mis querencias porque tengo que ordenar el tino, debo luchar por sucumbir, ahora que todo el presente se congrega!

Placer vendido y deleitado, ¿vuelve a sus raudales? Negrura de norte a sur, raspada, ¿vuelve a sus raudales?

Haces que mirarte parezca un pecado, y el amor un contrasentido, como si el deseo lo hubiese inventado yo, y el origen del llanto, y las veleidades de la carne y sus reclamaciones.

Si bien te vi venir hecho un Cristo, con los calcetines rotos y escamados, mis ataderos se afectaron, descontextualizándote... ¡mas no logré zafarme de tus argumentaciones!

## Luis Félix Cereceda reclama su corona y se deja llevar por aquello que los entendidos llaman «paz subliminal»

Mueren en el sueño los soñadores y, para ser soñado, a como dé lugar... ¡es el mismísimo sueño el que busca gente viva! Antes bien, construida ya mi estancia con los últimos rayos de sol y espejos usurpados al Tutuquén ignoto, a un paso del infinito, no hay tiempo que perder. Preparo mi lengua para la soledad y sudo a gusto entre las chilcas, empapándolas, y me entrego a los adagios del rapsoda:

*Salvo mi amor,  
patricios y plebeyos  
ávidos andan.*

Me doy entonces de cabezazos contra el aire, buscándome oposición y desvarío. Sofoco. Eso que al centro del laberinto da vueltas y vueltas y que parece un mar de hijuelos y no es más que el verbo «levantar», hecho sangre y urgimiento... A renglón seguido, la autoestima henchida, veloz en una palma... De resultas del gemido solo, cumple el vacío su promesa, y mis quejidos me convocan... (Momento en que quizás extravió, irremisiblemente, mi corona...)  
*Aaaaaaaaahhhhhhhhh...*

\*\*\*

**Anexo I:** Oh piel en donde resplandece un limbo pastoso –el único por el que vale la pena recogerse–, oh recogidos: los muertos no caminan pero nos desvivimos por hallar sus huellas, sobre las que rengueamos, polvorientos, y su ausencia fría nos entibia el lecho. Con nuestras lágrimas se bastan por eso no lloran y ni duermen para que soñemos. Sin hablar, nos dicen que avancemos, restregándonos la verdad imposible. Conservan la estampa del ganador señero, aunque no apuestan ya más. No cantan y por ellos el Deseo es siempre una canción. (*A los muertos vitales, de sangrante textura, que se alegran de olvidar y olvidar. Muertos imprescindibles que a nadie constatan, y que de mano en mano sucumben. Queridos muertos.*)

**Anexo II:** *Aaaaaaaaahhhhhhhhh...*

**Anexo III:** ¡Y Ella no está aquí porque la quiero!

**De su pasado (así se consigna en el acta de confesiones), Estela Vera Cruz arranca la flor más útil, a la que llama «la flor del silencio», cuyo perfume, conforme declaración de la propia confesa, mata**

Que mi asesino sea hermoso, de espaldas  
desenfadadas, como Lautaro,  
y de mirada que haga recordar el *Tango al mejor pastor*,  
cantado por la Sirena de los Vientos, y de muslos  
relumbrantes, y que tenga un pecho sobre el cual sea  
forzoso soñar, sin dormirse.

Pido al cielo que mi asesino sea un valiente  
hecho y derecho, que haya atravesado el Maule  
en un falucho aparejado con sus manos de mozo gallardo,  
alguna noche en la que el tué-tué  
se alió con la neblina y el primer trueno quebró el aire.

Que sea sabio mi asesino. Antes de sentir su daga,  
me informe de las coordenadas de la casa  
de Roderick Usher, me cuente la historia de Ngenechën  
en el Huerto de los Avellanos,  
y aquéllas que Scheherazade descartó, y aun aquélla  
que habla de Houdini, ya muerto,  
escapando de su tumba alambrada.

Que mi asesino sea un Noble Dorado, de viril jopo,  
a quien la melancolía no pudo convertir en un guerrero  
supersticioso, y que el brillo del cántaro en el cual bebe  
embriague más que el vino que lo rebasa.

Que mi asesino pise fuerte la plasta sagrada  
porque para él –y solamente para él– es esta flor  
que he puesto a la sombra de mi cuerpo, a fin  
de que carezca por siempre de comprensión y memoria.

## José Luis Painecur le habla a su pueblo desde una nube

Ni bordes ni desbordes  
de la piel contra el aire  
y queda todo dicho  
en la estación que rompe la ola:  
la estación de los peces y  
las piedras, la estación del tronco abierto  
en lontananza, la estación  
del brillo del chercán al alba  
—que no conduce a su gorjeo  
sino a sus escondites—  
y la realidad que es  
despellejada ocurrencia  
cuando lo que está muerto  
define los contornos de lo que está vivo  
y el agua es la única  
herramienta que debe ser tirada,  
y la laguna un pecho  
donde la luna anida...

*Valdivia, Chile, 1960.- Una seguidilla de terremotos en el sur de Chile comienza a producirse desde el 21 de mayo hasta el 6 de junio, alcanzando la magnitud...*

Anídame tú,  
trizado viento, que por casualidad  
te posaste sobre mi ruca,  
quejándote de que siempre te falta  
un pedazo de cielo,  
y te viertes como un pasado.  
...No envejecí —es cierto—  
como el guijarro de mil años, como  
la palabra que cambió de espesor  
de boca en boca, como la  
soledad, porque en el arrebol  
partido en dos, aprisionado  
en sus astillas,  
fui extranjero.

*... de 9,5° en la escala de Richter el acontecido el 22 de mayo a las 15:11, hora local, con una duración de 10 minutos, convirtiéndose en el más grande terremoto registrado en la historia del mundo, acompañado de un descomunal maremoto que hizo desaparecer varias localidades indígenas, ocasionando la muerte de cientos de personas, lo...*

En el pelaje del lobo  
que no volvió a la cueva,  
y en el del que sí volvió  
y dejó caer del hocico,  
frente a la hembra acezante,  
la reñida presa,  
fui extranjero.  
En la experiencia del Niño Nuevo,  
aquél que de la suavidad  
hizo su lema,  
y cuyos menesteres mucho  
tienen que ver con la nostalgia,  
fui extranjero.  
En la leña encarnizada que  
la chispa furtiva  
transformó en presagio,  
fui extranjero.  
En el caballo que se extravió en  
la noche de los tiempos,  
fui extranjero.

*...que provocó el pavor y la alarma en los habitantes de la zona...*

Los hay de barba inflexible  
en la cual una risa ploma convalece, los hay  
sin cinto en la colina, acurrucados  
entre breñas y cascadas, en medio  
de la claridad donde el color derrocha  
su jactancia. Yo  
sorprendí al cuatrero cojo  
entrando a la Morada del Hollejo, no sin antes  
comentar: *Llueve*  
*y nada importa. Llueve y hay,*  
*qué duda cabe, un secreto en las voces.*  
*Llueve y las promesas cumplen*  
*años, fastidio, sed*  
*pero también un fuego que no gira. Llueve*

*y nos hace ciegos lo que no vemos  
y mudos el rostro de quien nos espetó cien verdades  
y sabios el enemigo que nos convidó de su inopia.*

*...y la movilización inmediata de brigadas de socorro y del Gobierno, encabezado por don  
Jorge Alessandri Rodríguez.*

Y el arcoíris que insiste  
en predecir los mismos sonos  
enjutos, antecesores del misterio,  
¿habrá de llenar, así sea  
por fuerza o voluntad,  
los recovecos del vacío  
y sus suturas? Ah  
miserables dioses que ni  
la cara vuelven a contemplar  
lo que les fue concedido  
contemplar por obra y gracia  
de sus vástagos. Al presente,  
el tiempo no es más que  
un instante que aletea  
adentro de otro instante que no cesa,  
hasta la saciedad, como  
la oscuridad invisible y sus muertos,  
y la sordera por la que batallan  
y el desamparo que erigen como salvación.  
Sólo ellos tiemblan  
—y dichosos los que tiemblan—,  
sólo ellos son dignos  
de la ansiedad que los arrastra y los contiene  
y los reintegra a la patria  
que ni escarmienta ni perdona  
ni da tregua.

*Es en tales circunstancias que a la machi Juana María Namoncura le habría sido revelado  
en un sueño que a fin de atenuar «el enojo del mar», la serpiente Kai-Kai Vilú le estaría  
pidiendo en sacrificio a uno de los suyos.*

Incontinente, la *Cuncuna de la Esperanza*  
se abrió paso entre raíces en desuso,  
por arroyuelos vanos  
—y la cordura echó apenas

una ojeada—. Al cabo,  
¿son los muertos los que instituyen este desorden  
en el que vencidos y vencedores  
pernoctan y callan,  
y Kai-Kai Vilú y Tzeng-Tzeng Vilú  
concuerdan?

*Es elegido para esta ceremonia el niño José Luis Painecur, de cinco años, hijo natural de Rosa Painecur, quien a la fecha se encontraba en Concepción. El niño, a cargo de su abuelo materno, fue entregado por éste a Juan Painán Huenchumán y conducido al lugar donde se celebraría el nguillatún: el cerro La Mesa.*

El cazador confinado en la ventolera  
del bosque  
que no atina con su rifle porque  
el sacudón de la lechuza lo encandila,  
y la lechuza en sí.  
El pidén-maestro que orilla el lago Budi  
en busca de los suyos.  
El perro rojo y sus cadenas  
de tierra y plata,  
de deudas y pecados, de leche y miel.  
La mitad de la amorosa bestia  
que huye de su mitad perdida, sin  
percatarse que la arrastra.  
La araña que teje cicatrices entre coligües  
para que el sol hile fino,  
y la noche enferma que caerá  
a porrazos, y el guarisapo pelusa,  
de tripa gris, mi amigo,  
y un ídolo al que nadie implora  
ni vigilancia ni consuelo  
porque de sus talones emana candor  
y pestilencia: amenazas  
que el ojo tan transgresor como infalible  
avista a distancia... Yo tuve entre mis dedos  
esa lobreguez dorada  
pero debí mentir y silbar,  
y aprender de las dunas  
la más impertinente de las quejas. Hube  
de cambiar de nombre cada vez

que mi nariz fracasaba  
en el juego de las trampas perfectas  
y llamarme como al aserrín en ciernes  
le viniera en gana.

*Cerro sagrado para los mapuches, por cuanto en él fueron quemados los cuerpos de los  
guerreros que se enfrentaron a los españoles, y luego al Estado de Chile...*

La calma que requiere,  
la violencia que supone  
juntar la noche con el día  
y encajar allí –en el lugar  
que siempre será *allí*–  
el alma al cuerpo de quien no tuvo  
ninguna vez un cuerpo.

*...en la nunca bien ponderada Guerra de Arauco.*

No tratéis, dioses  
miserables, de pervertir  
el curso de las horas,  
porque el curso de las horas  
en mi frente yace,  
y no os molestéis en malhablar  
del cielo y del infierno  
porque en mi frente yacen  
el cielo y el infierno,  
y pensadlo dos veces cuando invoquéis  
a la neblina virgen  
porque en mi frente  
yace la neblina virgen,  
y no enarboléis vuestra excelsitud  
como victoria  
puesto que un solo niño muerto  
remonta como florece  
y os supera  
en compasión y entendimiento,  
y el que estos escritos lee, escritos  
con barro de buena ley,  
no ha de ser una y mil veces sino  
quien los reúna y atesore:

el que inventó la palabra «desperdicio»,  
y desperdició otras tantas.

*Según versiones de testigos, José Luis Painecur, tenido por sus parientes como un niño torpe, no apto para el pastoreo ni las faenas agrícolas, creyó que en castigo a su pereza era arrastrado al sur de Puerto Saavedra, y rogaba a gritos que no lo maltrataran, que en adelante se esmeraría en efectuar los trabajos encomendados y sería un niño servicial.*

He dejado que mi sombra sea  
conceptualizada por su luz. Mi corazón  
vivió todo lo que quiso vivir  
—aunque haya sido un ratito— que  
cuatro meses de gestación lleva  
el poeta kuñifall,  
que pensará sentado en el amor  
y respirará triste sin saberlo,  
porque tendrá miedo de nunca sabrá qué  
y se enredará en frases como:

*Menos mal que olvidé  
Menos mal que recordé  
Menos mal que olvidé  
Menos mal que recordé*

y por sus favores  
su piel será la ortiga de los desquiciados,  
y el sustento de los que carecen de pudor  
y marihuana, y el síntoma innegable  
de un ocio puro y luminoso. A veces un dolor,  
a veces un cansancio. Pocas veces  
nada.

*Muerto a puñaladas...*

No siempre es un sueño aquel donde el que sueña  
funda y desbarata borrascas a capricho,  
y más encima ensucia el rostro de quien vela  
su sueño.

*...el pequeño fue abierto en el pecho y se le extrajo el corazón, arrojándolo al mar junto al resto del cuerpo, para «apaciar la ira de los dioses y acabar con tanta calamidad».*

Algo que no sea el instinto  
que me diga dónde estoy, quién he sido,  
por qué mi destino fue contar estrellas  
y enmarañarme, y adivinar, con sólo olerlos,  
la edad sincera del copihue  
y del plumaje florido y la manzana y,  
a hurtadillas, prever en qué  
rendijas escamadas se escondería  
de su cola la lagartija,  
y llegar primero que la flecha  
que yo mismo lanzara  
al canelo ceniciento en el que estuve desnudo  
y llorando sin sospechar,  
siquiera, que mi cadáver era esa mancha  
que yo llevaba a todas partes,  
en especial donde había lombrices  
y densidad de algas, espuma intrusa, *chochos*; había  
también algo que era nombrado  
por el coloquio humano como «la libertad», eso  
que a mi alrededor adquiriría conciencia  
y exceso, y que yo me llevaba a la boca  
en gestos dulces, en tanto quería compartirlo  
con el padre que me enseñó que su cuerpo  
era un límite y un final que no tuvo comienzo  
ni abrazos.

Algo que no sea el instinto  
ni la gracia de ser  
ni la gracia de estar  
ni el humo de la belleza  
desproporcionada  
que se precipitó cerro abajo  
ni los agujeros que ningún ave hizo suyos  
ni lo que supe del aire  
sin el aire.

*Los hechos...*

Como si enmendara despierto  
lo que dormido destruyera  
pongo los pies en la ciénaga destellante  
y comprendo que mi viernes se recobra

y enciende,  
y que mi respiración me acompaña  
como en las épocas en que disponía  
de madre y tareas  
que desempeñar.

*...relatados...*

Como si rodara por una soga sin pozo,  
o como si un trozo de mí  
no se llamara José Luis Painecur,  
saco los pies de la ciénaga destellante  
y empieza la ilusión. Así  
son mis pies  
vistos de trasluz. El otoño les dio  
sabiduría y fiereza, su dosis de aventura,  
y el frío los puso en su lugar.  
¿Y si alguien me robara los pies?

*...ocurrieron el 5 de junio de 1960, en Collileufu, comarca nativa del sur de Chile...*

¿Y si alguien me robara el camino  
por el que debo andar a tientas?  
¿Y si alguien me robara los ojos  
pero me dejara la mirada y el llanto?  
¿Y si alguien me robara los dientes  
con los que mordería  
la garra que me dio de comer?  
¿Y si alguien me robara el relámpago  
bajo el que debo resistir discerniendo?  
¿Y si alguien me robara la garganta  
dejando intacto  
mi último grito, el suspiro rotundo?

*...perpetrados por la machi Juana María Namoncura y sus colaboradores principales...*

En un mundo sin signos yo sería  
el cordero que salvó  
de caer al precipicio, porque en  
sus márgenes el anchimallén de los azores  
—considerado por sus congéneres como

el anchimallén patuleco— levantara,  
sin ton ni son, un muro de estiércol,  
amparándome, ah  
dioses miserables,  
a mí, al único que era capaz de arribar  
de salto en salto  
al 24 de junio  
y armar hormigas con la escarcha  
y dotarlas de magnificencia  
con el solo pensamiento  
porque descubrí de sopetón que  
el mediodía  
consistía en chorrillos que recoger,  
y los chubascos de la siesta  
aliños del descuido, bosta nupcial,  
a los que se les podía decir: *Basta,*  
*chubascos*  
*de la siesta, ahogaos*  
*en vuestra propia resurrección,*  
*y repletad el cántaro que os traje*  
*ya que mi sangre no llenará el círculo*  
*donde antes no se contaba sino*  
*con vehemencia,*  
*y las contraseñas*  
*de la vehemencia*  
*y sus afanes.*

...Juan Painán Huenchumán y José Painecur Paineo.

De tal suerte fui  
a parar a la Morada del Hollejo  
y ya mis sentidos lo  
supieron: en la Morada del Hollejo  
el que necesite silencio tendrá que fabricarlo  
pero el que silba no es el rey,  
y al que se restriegue contra sus totoras  
la súplica por la que vino no le será devuelta,  
y quien se achunche por hambre o por miedo  
será castigado  
porque la Morada del Hollejo  
es la Morada de todos, en la que todos

ensanchamos su agujero. ¡Loado  
sea ese agujero  
porque en ese agujero cabe  
la Danza!

*Conocido el suceso, fueron los mismos comuneros mapuches quienes detuvieron a los involucrados, entregándolos en seguida a Carabineros de Puerto Saavedra.*

Hacia la vieja herida por la que sale el sol, donde  
lo que lo llena todo no es el vacío ni el tiempo  
ni el cuatro es un número ni el azul un color  
ni lo que emerge del ayer un recuerdo  
ni un milagro lo que nos franquea  
ni lo que nos precede un entusiasmo  
ni lo que no se escucha un silencio  
ni lo que nace una vida  
ni lo que muere...

*Casi linchados por la sulfurada comunidad, se dictó, sin embargo, sentencia absolutoria, quedando en libertad la machi Juana María Namoncura, y cumpliendo dos años de cárcel los cómplices ya mencionados.*

Hacia la consolidación de *lo Inútil Inútil*, como después  
de cantar aguas, como después de una fe, de brincar; hacia  
el juego de aprender a mantenerse en pie  
cuando el vencedor es quien tira su escupo, ya seco; hacia una luz que no se  
ve; hacia las humedades absolutas...

*Se aplicó el artículo 10 N° 9 del Código Penal chileno, apelando a que los acusados actuaron «sin libre voluntad, impulsados por una fuerza irresistible, de usanza ancestral». El cuerpo de José Luis Painecur jamás fue ballado.*

Hacia los abruptos orientes, hacia el umbral del devenir;  
hacia lo que hizo posible lo imposible;  
hacia la inconducente palabra que es *hacia*  
estoy cayendo.

*Menos mal que olvidé  
Menos mal que recordé  
Menos mal que olvidé  
Menos mal que recordé*

*Krasia may Ngenechën upéduamn*  
*Kracia may Ngenechën konëmpañien*  
*Krasia may Ngenechën upéduamn*  
*Kracia may Ngenechën konëmpañien\**

\* Aunque muerto, y contradiciendo las indicaciones del proemio, el niño mapuche José Luis Paineur sería el único «personaje real» de este Confesionario. (Nota del autor).

## En tres razones se apuntala Margarita Pía Sanhueza para justificar su adoración por el amigo ausente

Él era joven.

Su resentimiento era piadoso. Incluso al gemir  
–en ese instante entre la persuasión y el agrado– gemía  
como el joven que era, y si de discutir se trataba, discutía  
como los jóvenes discuten,  
y escuchaba a Cerati en un mp3 *hecho en Argentina*, regalo  
de la *wely*, mientras se desvivía a horcajadas  
en las faenas que la juventud demanda.

Él era elegante.

Olía a sí mismo, abrasaba. Temerario,  
su respiración en alto, discontinua y abierta,  
con la nuca en diagonal –entregado al ansia y al goce–  
borraba de un plumazo y sin marcha atrás  
los chismes que sobre su persona  
echó a correr la insidia y los prejuicios.  
Quien lo contemplara al azar desnudo  
volvería a sus desórdenes antiguos, a sus derrotas.

Él era limpio.

Aun en circunstancias adversas.  
Si por uno u otro motivo alzaba los brazos  
su ombligo al aire echaba luces  
de re-friegas piel a piel y por desentrañar, pulcras.  
Y cuando decía «chao, hasta mañana»  
algo en quien se despedía se limpiaba de moderaciones  
y certezas.



agregué, y me extendí así: Supieras que el olvido cansa, pero ¿quién recuerda dormido y despierto olvida? ¿Quién está libre de contriciones y no denigra a sus amigos? Yo sólo denigro a mis amigos. Puedo descuerarte y hundirte si el caso lo amerita; ninguno sino tú constituye (no te hagas el leso) el blanco perfecto de mi maledicencia y, por supuesto, claro que sí: la causa de mis desvelos y de mis más irrenunciables halagos... Aunque, pensándolo bien, yo no tengo amigos –deduje luego: ellos me tienen a mí porque soy una persona pura y honesta, de fácil acceso. Cuando digo «no», el trasfondo (altamente visible) es «nunca supe si era mejor todo el día... o toda la noche», y cuando digo «sí», quiero decir que hay episodios en la vida que por mucho que se nos representen en imágenes trastocadas, no ha de faltar el aventurero (entre ellos, tú) que los interprete a su conveniencia y antojo, y cuando digo «no sé», es cuando me empino sobre mí misma y sudo, envidiando de corazón a quienes hacen el amor (entre ellos, los seres que nos circundan) y a quienes lo deshacen (entre ellos... ¡tú y yo!) –grité casi–, y lloré como quien tira una flor al agua, y olvidé morir, como en el pasado, y no extendí los brazos ni besé, y respecto de ti le pregunté a tu sombra (que prefirió mi cuerpo al tuyo): ¿Cómo no advierte la rojez primordial, si ya le cubre la cintura?

## **Igor Alvarado Casanova se defiende de mala gana en un boliche de Teno**

Por la forma de desplazarse entre los almácigos  
calculé que la muchacha tendría  
no más de veinte años. Estaba muy oscuro en el granero  
y el temporal de las horas precedentes permitía  
que por las hendiduras se colara un olor  
a frutas de estaciones sin boato, exclusas.  
Se trataba –por precepto saturnal, sin contrapeso–  
de molestar a una muchacha, de  
forzarla a renunciar a cuanto quedara en ella  
de pertinente y justo, de obligarla a renegar  
de su tristeza que  
–lo supe tarde–  
no le hacía mal a nadie.

\*\*\*

**Anexo:** Horas antes, en la Feria Costumbrista, había oído hablar de gente entusiasmada, gente que se besaba, gente irrefutable, exclusiva, evidente... hasta que lo vi con mis propios ojos: eran los forasteros Tole-Tole, humedeciéndose al borde de la consumación. Pensé, consternado, que se baboseaban sólo para que yo los viera, para que adivinara que, a causa del filo de sus movimientos, el destino les deparaba asombros desenfrenados. Entonces recordé la vez en que creí que ser joven era fácil, si bien advertí, de golpe, la estupidez de haber envejecido.

**En su revelación procelosa y abierta, Daniela Riveros Pardo le pide a César Iscariote que no la olvide**

Acuérdate de mí, César Iscariote, cuando  
tomes posesión del vacío que te fue prometido;  
cuando el placer, o su sola mención, haga desaparecer tu cuerpo  
y la sabiduría de tu cuerpo –ese proceder  
sin muecas ni perspectivas–  
y el paraíso no represente sino un lugar de tránsito  
hacia la transparencia absoluta  
para el Macho-Rufián que aprendió a infringir  
las leyes celestiales  
a deshora.

Acuérdate de mí  
cuando te estés cuidando del SIDA  
con quejidos entrecortados  
en un camastro donde la esperanza verdadera  
sólo concierna a los asuntos del pasado.  
El Impertinente,  
el Gran Pasado.

Acuérdate de mí  
cuando estés desnudo y expectante;  
cuando ser feliz te dé vergüenza  
y cuando con la llegada de la felicidad se te abran  
las heridas que el viejo proyecto de no sudar en vano  
mantuvo ocultas.

Acuérdate de mí  
cuando pases del *tiempo de mostrar sin ver*  
al *tiempo de ver y no mostrar*;  
cuando tu abrazo duela tanto como reconforte  
y cuando abrazar te cueste un viático.

Acuérdate de mí –de mi vida–  
cuando te pique la sangre; piensa  
en mi lengua, la que te dio gloria y nostalgia,  
y en mis orificios, los que acabaron por quietarte,

vertiéndote.

Acuérdate de mí, César Iscariote, cuando no constituyas objeto de deseo para nadie y tu único encanto consista, ex post, en permanecer insalvablemente vivo –ora exaltado por manifestaciones poco convencionales del ímpetu, ora displicente–, porque, pese al misterio de tu luminiscencia, te fue sin duda dado comprender la significación de la culpa que antecede al vicio para desencadenarlo.

**Rodolfo Blas Fuentealba comenta la compunción retórica que le fuera infundida por el Indio Curi y nos informa, de paso, que aprendió a dudar con decoro**

En el río, el Indio Curi pontifica: *Y dado que poesía y territorialidad son aguas del mismo molino (...) si un poeta peruano, por ejemplo, no nos habla de lluvia en sus poemas, algo anda mal, algo cojea. Lo mismo para el argentino que no nos diga nada de los yuyos, o yuyitos, qué sé yo. Alianza entre la lengua y el coco maduro no se dio, y debiera...*

Concluyendo, al filo de la furia: *¡Dialéctica visceral estoy pidiendo a la creación latina, carajo!*

Y se explaya, con los pies hundidos en la malla de los pescadores borrachos que el Guaiquillo ha devuelto a la orilla, atrincherado en sus análisis de quemante busilis acerca de la *«poética yanqui y su depreciación hacia nuestros pueblos»*, predisponiendo –sobre todo en contra del autor de *The Cantos*– a quien oyere.

Él, el Indio Curi, actual prosista de cierto renombre regional y revolucionario sagaz en su época moza; él, el Indio Curi, que ha forjado su proyecto escritural... ¡justamente al alero de la obra del maestro de Idaho!

Por mi parte, aunque me digan que tal fulano le copia a Pound... ¡yo quisiera escribir mis cantos como tal fulano!

**De madrugada en una esquina, y entre copa y copa, nos llega la confesión de Úrsula Silva Correa**

Ah vibrar. Vivir y dejarse vivir, como en los sueños.

Ah mi cerveza agazapada entre nardos y berros.

Ah mi piel que no siempre ha sido un desabrigo o un pasado.

Ah mi fantasía que no es otra cosa que un roce a ciegas.

Ah mi respiración para que alguien respire al fondo de mi vaso.

Ah mi corazón, cuyo único dios  
es el titubeo que precede sus latidos.

Ah glamoroso espanto cuando ni la muerte es un refugio,  
y la libertad un vaticinio de nada.

Ah del primer amante que Jehová me arrebatara,  
y del último al cual Krishna puso entre paréntesis.

Ah del amante que es menos testarudo, ignorándome.

\*\*\*

**Anexo:** Un solo abrazo podría detener este ir y venir por los caminos.

## Claudio Pérez Bustamante, el pacientero, deja entrever que tiene planes con su cuerpo

Algo cayó. Algo oscuro y helado  
al final del día  
y que no era la noche  
porque la noche es reconocible  
por sus impetuosidades  
pero esa villa no disponía  
de impetuosidades, y yo caminaba  
hacia la casa de la hembra feliz, y caminaba  
creyendo.

Entonces se levantó el Lázaro que yace dentro de mí, aconsejándome de esta forma: *Pacientero, confía en tu juventud perdida. A la casa que vayas ve con tus ojos y tus distancias. Habla de la soledad y serás salvo.* Y desentrañé el trasfondo, que era: *Eso que se ve allá lejos, que nos llama y parece retoñar de sí mismo, sin falsas presencias y con el tiempo cabal, seguro en su misterio... es el presente, pacientero.*

Y me enteré —sin necesidad  
de intermediario alguno—  
que la gente feliz  
no es feliz  
todos los días.  
A lo sumo tres o cuatro veces  
después de mucho  
tiempo. A veces  
nunca.

## **Expresa Lucía Contreras Avendaño que vio desnudo, más allá de su sangre, al hombre del Pumaitén**

Distraída, había salido del comedor al cuarto de los cachureos cuando recibí a mansalva su agarrón en el pecho, arrojándome contra el cerezo carcomido por las cucarachas. Oía en tanto sus órdenes salivosas y, entre forcejeos, él me bajaba los calzones... (Y yo pensé que, si bien la abuela dormía su pesada siesta, estos ruidos raros, a la larga, la despertarían...)

Desde donde estábamos, la poza de los patos adquiría otro aspecto, otro color –no sé–, en especial el vivero en el cual sobresalían los clavelillos y las rudas que la abuela atendía con una dedicación que yo consideraba excesiva... Y el hombre éste diciéndome que yo era suya (y yo preguntándome por qué no me lo dijo antes si a mí me gustaba...)

Después de las labores del día lo veía chacotear con los demás jornaleros, y si la abuela me mandaba tempranito a recoger leña lo sorprendía tomando desayuno en la choza que sin la ayuda de nadie se construyó a orillas del Pumaitén, y me preguntaba cómo me iba y me ofrecía café de trigo y pan amasado y yo (entre colorada y cocoroca) le respondía que no, gracias, (y lo encontraba lindo. Me gustaba su modulación cantadita, como conversan los sureños, y esos gestos cuando prendía sus puchos en la plaza...).

Y yo ahora diciéndole que no a su respiración entrecortada... (aunque sin gritar... No, por favor, vámonos a tu choza... Pero se lo pedía despacito); y él me miraba como yo no sabía que se podía mirar a alguien, y se sacaba la ropa como con rabia, mi Dios, (hasta que quedó piluchito piluchito) y me apretaba los cachetes y yo llorando (le suplicaba que mejor nos fuéramos a su choza, que la abuela aparecería en cualquier momento) y él dele que dele, con más entusiasmo cada vez.

Y cuando se atrevió a besarme yo ya estaba lejos, sola. (Mi cuerpo era otro...)

**Ricardo Jara Véliz dice que sobrevivió a un terremoto de proporciones, a sus tres mujeres y al acoso de los Testigos de Jehová durante todos los domingos de su vida, y que ha de sobrevivir, una vez más, al aroma que lo sigue dondequiera que vaya**

Desde un escaño de manipulada rudeza de la Plaza de Armas de esta ciudad –ciudad sin nombre para mí– a la que he llegado en busca de fruiciones no tanto mal habidas como en todo momento imaginadas, y a la cuasi sombra del raulí torcido y cándido que ha criado raíces de envoltura escabrosa sobre la baldosa no menos desventurada, le compro al mozuelo que lo ofrece, a voz en cuello, el ejemplar del día de *El Temucano Acusón*.

Por mi pinta de tinterillo pobretón y borracho la gitana que fuma y fuma enfrente mío me mira con reconcomio: simbolizo lo superfluo para ella. (Aclaro: no soy tinterillo ni estoy borracho.)

Abro el periódico en la sección **Arte+Arte**. Leo:

Iniciando sus rutinas con soflamas como: «*En el País de los Lobos, la mamá loba asusta a los lobitos, cuando se portan mal, con la leyenda del Lobo-Hombre...*», y al darse cuenta que sus chistes le salían airosamente insondables, con una sutileza rayana en lo absurdo convencional –descubridora sin parangón ni paralelo del absurdo humano–, el comediante aquel tardó un tiempo todavía en asumir que lo suyo era la poesía. Caso distinto es lo concerniente al autor de «*Baladas para domesticar a un duende*» –libro premiado incluso por la Academia– y que hasta el lector más circunspecto hojeaba... entre risillas.

Algo en el párrafo me corrobora que tengo hambre. Debo buscar un figón.

La gitana, al fin, encontró su presa: un *display* de Fallabella en su momentico de colación.

Y una pelirroja aparece, como de la nada, echando humo.

Entonces siento el olor. Es la paraguaya, pienso.

La paraguaya  
que no da tregua.

La paraguaya  
y su embrujo en plumerillas.

La paraguaya  
que me carcome el coxis.

**Confiesa Rolando Farías Briones haber dado con las razones para no creer en nada, y aconseja que bajo ningún pretexto se le debe regalar un libro de poemas a quien lleve por nombre Elisa**

Retazos de la chiquilla que en su momento fue –y atisbos de la anciana que con los años sería– pervivían en su torso de hembra al acecho. Del presente, ni rastros. Tomando en cuenta que dotada de exuberantes disquisiciones acerca de sí misma –y con las fuerzas para llevarlas a cabo– era esa mujer la que hacía del desamparo ajeno su tabla de salvación. A la que por un descuido emocional llegué a llamar «mi mujer» y que hoy, en el *Himno a mis guerras* –en lo que pudo haber sido su metáfora por excelencia y no es otra cosa que la exposición a ultranza de una fábula en la que abundan los desacuerdos– yace sola, cabizbaja, vencida. La que me arrullaba como si algo en mí –lo máspreciado– fuese convulsivamente suyo, *non stop*, y procurara arrebatármelo entre gemidos y espasmos, con esa protección abrumadora que nos da, no quien nos solicita, sino quien solicitamos... Al vestirse se me desmoronaban las teorías de vigilia y equilibrio, de conmoción y altivez frente al cosmos. Desnuda era más mía. No obstante, mis sentimientos hacia ella eran sentimientos de la calle porque eran sentimientos encontrados. Lo que no se pide, lo que sólo se da y se recibe para volverlo a dar, en el juego infinito del tira y el afloja. ¡Ah de la mujer que, asentada en la amoralidad de la serpiente –y en su propia belleza extrapolada, por ende– se contemplaba en el espejo como queriendo besar a alguien que se encontraba a kilómetros de distancia, inventándose una excusa limpia pero irrevocable con palabrotas refulgentes y diestras, y aferrada –tal era su costumbre– a su peculiar concepción de hartazgo y obediencia! Peor que ser ciego era no verla. Daba igual ilusión o desilusión. Al fragor de sus impertinencias obtenía mi perdón... ¡sin siquiera pedirlo! Y ya que la especie humana, y la vida en general, le provocaba esa indiferencia que la definía por completo –indiferencia libertadora al borde del atrevimiento y la hidalguía mística que ella, en su desparpajo, asumía como tranquilidad espiritual en recompensa a sus pretendidos desvelos por el prójimo–, asistía a misa con relativa frecuencia, organizaba bingos y bailes en beneficio de algún enfermo de su barrio –ocupaciones en las que se divertía sobremanera, por lo demás, como si se fuera a acabar el mundo– y perdonaba con facilidad los agravios recibidos, de los cuales, en honor a la verdad, no acusaba recibo ni le afectaban mayormente, como asimismo de las muestras de cariño vecinales y las congratulaciones varias. Y si bien el origen de lo que me empené en llamar «sus virtudes» no era más que la punta del iceberg de una tacañería sentimental al rojo vivo –salvaguardada con dientes y muelas–,

si escarbábamos en su pundo nor las sorpresas eran mayúsculas, porque había como una iniciación de no sé qué, un coraje... Coraje putrefacto pero vivo de la mujer que carecía –rictus mediante– de la añoranza prístina que nos vuelve serenos. Mujer que buscaba con ansiedad malsana lo que no le era, en estricto rigor, necesario.

Hui como huye un valiente: con el corazón herido.

## **A la manera de los iconoclastas de la edad de piedra, Maritza Figueroa Vilches hace valer su voz política**

Como si se tratase de un convenio  
el Caballero Azul propuso que  
lo hiciéramos en el acto  
pero yo le repliqué, con palabras  
de grueso calibre, que se fuera muy lejos.

Echando mano a sus marrullerías de galán  
me respondió con un gesto que consideré casi-  
casi no resistible, y bufaba pedigüeño,  
cerca de mí. Aproveché de beber un buen trago  
del ron que siempre guardo bajo la cama  
explicándole que pronto estaría  
harto distante de mi sano juicio  
pero él insistía en sus afanes.

Entonces me quité la prótesis dental  
y la puse encima del velador,  
así diciéndole: *¿Qué tal, ah?*

Pero a él se le caía la baba.

Desabotoné mi blusa y le exhibí  
mis senos sombríos y mis axilas  
sin depilar y el tronco fofo –marcado por las estrías  
que acabaron por confundirse con las  
cicatrices de una que otra intervención  
quirúrgica– y más abajo le mostré mi  
entrepierna pelicana y carente de brillo y,  
volteándome, le enseñé la semi joroba  
con la que naciera, y mis nalgas  
a las cuales la celulitis y el hastío sustrajeran  
su turgencia y encanto. Por último,  
saqué de mi cartera el carnet de discapacidad  
donde se acreditaba un 40% de la pérdida  
de mis facultades sensoriales,  
y lo restregué contra su cara...

pero él no desistía.

Al correr del tiempo optó por  
el camino fácil: aprendió  
a elucubrar más de lo previsto. Se las ingenió  
para dar con una estrategia indefectible  
sin contar con mis concepciones  
de vigilia y tribulación —que eran, con corta diferencia,  
un teorema—.

Venía a visitarme en sueños  
pero yo no estaba.

**Se empeña Macarena Miranda en sacar de sus casillas a quien ose atenderla**

El librero de oficio no lee.

La sal de Charly endulza;  
(por lo bajo, el admirado habido en sus cabales  
desprecia a su admirador).

El Maestro de Ceremonias envejece  
cuando descubre que no es un genio, después  
de repasar a Nietzsche, su cepo.

El soñador auténtico hace lo imposible  
para que sus sueños no se cumplan.

Es vendido al nieto menor  
en la Feria de las Pulgas de Black Waters City  
el escapulario que el nieto mayor robó a la abuela,  
y el catequista no muestra los dientes (silba).

La Muerte no hace bien su trabajo  
(hay demasiados vivos dando vueltas por ahí).

Para el necrófilo de fuste  
(avalado por la Mosca Reina)  
antes de la enfermedad  
ya existe el cadáver.

El amante perfecto se esconde  
detrás de un gran borracho,  
y también el chanflón.

Frente al animalista de salón  
sucumbe el arribista emocional y el nómada.

La sombra de Aladino centellea en el aguacero.

Al Chupacabras se le arrancan las cabras.

(Morfeo le presta ropa:  
*Es la televigilancia, indica*).

No da abasto la primavera  
ni la piel sosiego  
(no llegan al mar los besos  
que los entreverados amantes se dan en el Mapocho).

Tras pasarse la vida en el Bando de los Incorregibles  
el Santo Rococó colige  
que la buena gente es buena  
hasta que se la conoce.

No encuentra su cielo el Gorrión Cortés  
ni el fuego su Castillo,  
y para no quedar en evidencia  
el Juez Florido evita cualquier alusión al Deuteronomio.

Un día que se cierra  
adentro de otro que se abre... (¿cuál es la gracia?).

Lo justo es inexacto, por más  
que así no sea (guácala).

Allí donde no había nada  
ahora hay silencio y soledad,  
entumecimiento y desamparo. Quietud  
y equilibrio. La orfandad mejor.

De cómo la señorita XXX –alias «la copiona grácil»– sobrecoge a los compañeros del taller literario al que asiste, en plena primavera, con una lectura poco escrupulosa, y más todavía a su profesor, distinguido hombre de letras, padre y esposo paradigmático, presidente del «Círculo Divino por la Poesía y la Familia», y que a las tres semanas de tal declamación sería encontrado muerto en un motel de lujo debido a las gotas de arsénico vertidas en su vodka

Octubre es el mes más cruel...

\*\*\*

Catulo diría que matar a un hombre y no quitarle la vida... es posible. Yo lo sé, porque con las manos que escribo estas líneas puse la dosis precisa de arsénico en el vodka del hombre que adorara tanto como aborrecí.

\*\*\*

Para olvidar me faltó tiempo y repugnancia, y no te odio sino porque te odio.

\*\*\*

¿Y de qué hablamos cuando hablamos? Que los versos más tristes de la noche fueron al final los más alegres, oh irreparable hastío.

\*\*\*

Llora por mí, hombre de pecado. Llora por los dominios que perdí. Todos mis amores ya encontraron su amor, y si tuve veinte años y abracé, fue nada más que por simple sugestión, por hermanamientos mal administrados, por molestar.

\*\*\*

...Dimos miles de besos y muchos fueron apenas dentellada, tiros al aire; hubo la caricia que quedó al gairete, erró la ruta –o se excedió en decaimiento y timidez–, y hubo también el suspiro que censuramos y que hubiese sido sin duda el infalible, y palabras que no fueron dichas pero sí escuchadas y devueltas a la esperma de donde procedieron, sin embargo.

\*\*\*

Ah tú, mi dulce mártir, que pervives entre estas cuatro paredes más vivo que ninguno, como hipándome, como burlándose de la que fui –la más idiota de mi generación–. No sea que arrullando tu antebrazo entienda que existe una soledad que ni el condenado a la horca prevé y que sin la obligada disonancia podría espetarte: «Te amo, para eso sirve la rutina». Y retrucarte: «Te odio, que la rutina habrá de ser, por lo demás, mi coartada». Y consagrarte, *per sécula*, en ese lugar de mi mente donde los recuerdos valen su peso en oro.

\*\*\*

En el principio fue el silencio, al que conocí por su nombre. Y conocí también el silencio de los que no tenían nada que decir, y el silencio de los que no dijeron nada, y el silencio de los que no callaron, y el silencio de los agonizantes que a gritos lo imploraron.

\*\*\*

¡Así es la muerte, tal como es la muerte!

\*\*\*

Que los cuerpos cumplan su destino... etc.:

*Bore verum et lique voles et aspelique  
nonsed mod magnate estios sam  
viditib usciatent iliate none volupta  
eperatquos nibitatem audae nos sani  
con ne dolora endipicae volupta tusdae  
corporeperit vero totatur? Cate dollaboresti  
dolor sequibus eatquia quas aut offictem  
ipsame erspit et laut optatiis dolum, optat  
ium res sit explacc aestem everis simagnam  
in pa cone a dolorerum quo maiorep  
erferum quuntiiis dolorum re  
vene volupta eperit doluptu  
mquaspitate reni niae porescid ullupta  
pore siti ipsusci isciis molupta dis  
endebis postis eritatio. Aped.*

\*\*\*

Infinita Ley,  
infinita Vida.

**«Hay un concepto de contrariedad que no ha sido atendido», parece señalarnos, casi en susurros, Sor Marta Ubilla Gatica, de la congregación de las Carmelitas Descalzas**

**Pocos deben enterarse de lo que voy a confesaros –pocos deben saberlo– así que voy a decirlo en voz baja:**

Que entierren a sus muertos  
aquéllos que los criaron, los que les dieron forma  
y solvencia, y les enseñaron  
los inusuales hábitos, las artimañas  
para fingir la sed y la derrota, el arte  
de morir antes de tiempo.  
Yo, Sor Marta Ubilla Gatica:  
doy fe que la delicia existe.  
Me colé en los dominios del Hechicero  
y hallé hermoso el rostro del que huyó de sus cómplices  
para correr en busca de jueces caídos en desgracia.  
Puedo decirlos  
que extenuarse basta y una sola gota de sudor  
trasluce la extenuación que la rebasa.  
Afirmo que acariciar una mano  
desencadena  
en algún momento  
una revolución  
o un delirio.  
Y con la misma convicción afirmo que  
una revolución o un delirio  
trastoca el curso de los verbos  
y origina  
las nuevas cobardías.  
...Y el fastidio  
de siempre.

**Ha llegado el viernes y en su casa, alumbrada por el destello de las velas,  
el rabino Exequiel Rosner Bau registra una idea**

A partir de este momento  
me auto declaro  
Amo y Señor,  
Dueño Absoluto  
de las palabras  
–habladas y escritas–  
de cualquier idioma  
en el mundo.

Cada vez que alguien  
pronuncie, grite, escriba o diga  
–o aun susurre– el término *Rescate*  
y sus derivados:  
*Libertad, Enseñanza, Redondel,*  
me estará debiendo  
sus buenos sestercios,  
y cuando la novia diga SÍ  
algo en ella  
me pertenecerá para siempre.

Soy el descendiente ilegítimo  
–pero descendiente al fin–  
de aquél que una madrugada no acompañó  
a los suyos  
a la caza del jabalí,  
y garabateó en los muros de su caverna  
lo que sería reconocido siglos más tarde  
como *la sombra del jabalí,*  
su ecuación rupestre,  
la primera sinfonía, el pluscuamperfecto  
perfecto.

## Confesión de Angélica Fuentes Sandoval

De mozuela  
mi padre imaginario se metía  
en mi cama y, tirando  
al suelo mis peluches,  
ponía su sexo en mi entrepierna,  
restregándose contra  
mis primeras gotas.

Al cabo de los años  
vino el otro, el real,  
y encarándolo, luego de mal  
o bien armadas broncas  
—...que esto sí, que aquello no,  
que cómo era posible, que  
el hastío, en fin...—  
ajustaron cuentas, se dieron la mano  
como dos caballeros  
que han descubierto de golpe  
el secreto de vivir, me dejaron sola  
y bebieron en la biblioteca  
hasta el amanecer, hasta  
el aturdimiento.

Y yo echándoles de menos  
y de más.

**Don Jorge Luis Altamirano arguye que por estar demasiado viejo y haber perdido sus alas en un espejeante villorrio (¿?), carece de confesión alguna que sea digna de ser oída, y se declara, por lo mismo, libre de polvo y paja**

Extravié mis alas en Rauco  
pero aprendí a volar sin ellas. Sin ellas,  
oh Cruz de mis amores, he conocido cielos  
más amplios y rotundos.

Desde mi nueva altura he visto el fulgor meridional, el azufre divino, la bruma de Bolivia; he visto al viajero que se quedó en su casa de Cochabamba, por cuidar a sus mascotas, etc., y una chacra de pordioseros; he visto la década de los 60 y su gorjeo en erupción, tres cadáveres colombianos, el paroxismo limeño, un reloj de azúcar, una pañoleta hecha pebre, y la Línea de la Concordia en vilo; más al sur he visto Valparaíso a gritos, estudiantes en marcha, pancartas que la euforia entinta en rojo, el Santiago chileno, una patota en Bellavista, la mentecatez sexual y un volantín irreal y real he visto, encumbrado por un gringo avecindado en el Zanjón de la Aguada, a metros del traqueteo de la *pastabase*; bajando más al sur he visto a un cabro pilucho en un maizal, renaciendo de su propia humedad rebasada, y pajas sin sentido en Apóstol Tomás 1321; la otra claridad del cerro Condell he visto, al preferido de los dioses encucillado en su sepulcro de mala muerte, y un poemario sin índice en Molina-Poesía versión 2012; he visto a la María Pico propagando por un megáfono de utilería que no siempre estuvo loca, y una campana en Talca, tañida sólo por la brisa del Piduco; y todavía más al sur he visto al Hijo Ilustre de Ninguna Parte, a Ivo y su Lourdes, al zorro domesticado y al que acecha entre maquis, mozalbetes bailando el *Vals del Jote*, y al Trauco dormido; he visto a Caupolicán redivivo y a un gourmet en huelga de hambre; he visto una cueca y una recueca, la algazara vernácula atravesando generaciones, comunidades, leyes, cuartillas y mamotretos a la moda; ¡la diferencia entre soñar y no tenerte he visto!

Y he visto, en lo profundo,  
oh Cruz de mis amores,  
mis propias alas perdidas  
para siempre.

**El joven Juan Luciano (no se consignan apellidos) propone, en el subtexto de su zamba, que el otoño sea declarado por los gobiernos interamericanos como «la estación oficial del poeta»**

*ea mi madre es la espesura*

ea ea Quetzalcóatl saltando a las alas náhuatl  
el moche en su salsa y el inca erguido  
ensamblad las cañas que Galvarino vuela ea ea  
agua de moche y flechas ea fieltro azulenco  
saltando de amancay en amancay ea ea se viene un cielo  
que apretar y sus guijarros valen sangre  
así la camanchaca aimara en su espesor  
ea ea ea ea ea ea ea ea ea los poemas plumaveral  
lo que mana del amor y al amor retorna  
por el cuello en sordina del maya y el pie mapuche  
ya brilló el puma en el altozano  
guargüero arawak *mi madre es la espesura* ea  
y un macho purpura  
y una hembra purpura y unas guaguas purpuran  
y purpura a flor de su venganza la tigrilla en el Nangaritzza  
purpura el vendedor de choclos y el remero  
en las lamas del Titicaca purpura  
y el que comprende purpura en su estandarte-arco curiche  
porque sobran peumos y trigos ea entretejidos  
el esclavo ya tiene cuarzos  
con que pagar su ñaco  
y su maicillo ea al arrecife  
dona el indio el que transpiró fuerte  
sus teatinas y sus luciérnagas  
el aullido de obsidiana ea ea ea  
vamos al río río pasemos por el Amazonas  
y en el Paraná rebasemos verdor con verdor  
en el Biobío que es de plata  
y en el Orinoco y en la curva caribe  
ea ea que no se enojen los que dan oídos  
que no se enojen ea ea ea porque imbatible  
es el otoño  
los que dan oídos  
que no se enojen

ya lo saben *mi madre*  
*es la espesura* ea

